

VICTORIA BAYONA

De este lado del mundo



NUBE **DE TINTA**

VICTORIA BAYONA

De este lado del mundo

NUBE **DE TINTA**

*A mi hermano Mario.
Compañero de juegos en la infancia,
amigo en la adolescencia,
aliado en la adultez.*

El recuerdo del agua vuelve en remolinos. Como si en otra vida me hubiera muerto ahogada. Siento la asfixia. La garganta oprimida, las piernas que luchan por alcanzar un cielo esquivo.

Los sueño, a veces. La sal, el sol, las algas enquistadas en mis pies. Y a él, a él también lo sueño. Al abrir los ojos, los objetos me parecen confusos: las sábanas cómodas, el marco de la ventana donde descansan cajas, muñecos, estrellas y grullas de origami. Entonces beso el aire y recorro el espacio con mis dedos, maravillada por una vida que tiene gusto a segunda vuelta.

La facultad era un monstruo. Un lugar frío, enorme, repleto de caras nuevas. Ana se detuvo frente a la construcción gris unos momentos después de bajar del colectivo. Respiró. El corazón le latía con expectativa y nervios. Aunque la sintió amenazante, había deseado tanto que llegara ese día que no le importó... finalmente podría perderse entre alumnos desconocidos, aprender cosas que le fueran relevantes, hacer las tareas a su ritmo. No sabía si sería así o no; esa había sido su fantasía durante los últimos años de secundaria, en los que cada materia le había resultado una completa pérdida de tiempo.

Su colegio era pequeño; sus compañeros, olvidables. Se había ocupado activamente de encerrarse en una burbuja de auriculares y dibujos para mantenerse cuerda. En algún momento los directivos y el equipo de orientación se cansaron de citar a sus padres y, hacia cuarto año, advirtiéndole que ni ellos ni Ana tenían intenciones de que la situación cambiara, la dejaron ser. De todas maneras, no causaba problemas ni tenía dificultades para aprobar las asignaturas. Ana se convirtió en un nombre que entregaba los exámenes, ocupaba un asiento y pasaba de año.

Para el colegio no era más que una chica introvertida y silenciosa; dentro de su universo, las cosas eran diferentes. Allí florecían todo tipo de historias, de escenarios, de canciones. Los brotes de ese espacio íntimo veían la luz en sus dibujos o en sus poesías. Tal vez lo único que la conectaba con el mundo.

Recorrió los pasillos interminables, subió y bajó escaleras hasta dar con el aula en la que tendría su primera clase. Cuando vio que la mayoría de los asientos estaban tomados, se intranquilizó. A pesar de todo lo que la abrumaba, hizo un esfuerzo para no entregarse al miedo. Caminó entre las filas con la mirada hacia abajo hasta uno libre, y lo ocupó. Los minutos pasaban sin noticias del profesor. Pensamiento Científico. Miró a su alrededor en busca de alguna cara que reflejara algo parecido a lo que sentía ella. No la encontró. O charlaban en grupos de tres o cuatro (¿en qué momento se habían relacionado? ¿Eran amigos de antes?), o miraban sus celulares, o dormitaban.

Varios minutos pasada la hora, un joven de estatura mediana y rulos cruzó la puerta, agitado. Por un momento Ana pensó que podía ser uno de los docentes, pero no. Era de su edad. Le resultó graciosa la expresión de alivio que puso cuando se dio cuenta de que la persona a cargo no había llegado todavía. Quedaban solo un par de lugares libres en el fondo. Cuando le pasó por al lado, no pudo dejar de notar que tenía un perfume rico, a shampoo. En la búsqueda de banco, él se cruzó con los ojos de ella y le sonrió. Ana bajó la vista al cuaderno. ¿Se había dado cuenta

de que lo estaba mirando? Para aplacar la vergüenza, se puso los auriculares y comenzó a hacer garabatos.

Cuando la profesora llegó —era una mujer—, Ana le daba los últimos retoques al retrato de una joven. Sus cabellos estaban sueltos y desprolijos, su mirada era enigmática y las pecas, espolvoreadas con la birome con la que había bocetado todo, le daban un aire melancólico. Tan ensimismada estaba en la música y el trazo, que no se percató de que varios de sus compañeros se habían agrupado a sus espaldas para ver el progreso de su creación.

—Buenos días. —La docente dejó caer varios bolsos sobre la silla de su escritorio—. Tomen nota de la bibliografía que vamos a estar usando... —Escribió un par de títulos en la pizarra—. Y ya creo que se hizo la hora. Lean los cinco primeros capítulos de este —señaló el tercero—, y nos vemos la clase que viene.

Así como llegó, se perdió acelerada en las entrañas del edificio. Definitivamente aquella experiencia no había sido para nada significativa. Un poco desilusionada, Ana se propuso explorar.

En la planta baja, encontró una cafetería con sillas de colores vivos. El olor del café con leche siempre tenía en ella un efecto reparador, la transportaba a otros lugares, a otras vidas. Recordaba el día en el que había juntado coraje para sentarse sola en un bar y pedir uno por primera vez. Tenía dieciséis años y vivió ese momento como una iniciación. De repente, era grande. Disfrutar de esa situación a solas, en un espacio público, le ponía el alma inquieta. Esas eran las sensaciones que buscaba: las que le permitieran abrir las alas que llevaba ocultas y percibirse única, sensible y especial.

El primer mes de facultad se convirtió en un torbellino de colectivos, datos confusos e incertidumbres solo tolerables gracias a la única —pero indispensable— certeza de que estaba donde quería estar.

—¿De dónde venís? —Una voz la sorprendió una tarde mientras esperaba, algo muerta de frío, en la parada.

—¿Eh? —Ana se volteó. Estaba repasando mentalmente todo lo que tenía que investigar para la tarea que acababan de asignarle en Proyectual.

—¿De dónde sos? —insistió la desconocida.

Era una chica baja, de contextura grande y pelo por los hombros mitad fucsia, mitad castaño.

—De acá, de la facu... —Se dio cuenta de que estaba respondiendo cualquier cosa. Seguía con la mente en otra parte—. ¿Me preguntás dónde vivo o de dónde vengo ahora?

La chica revoleó los ojos, divertida. Ana entendió.

—De Flores, ¿vos?

—Almagro —comentó ella, relajada, atándose el pelo en una cola.

—Ah, cerca —balbuceó Ana, sin saber bien qué decir.

—Cerca. Te pregunto porque nos cruzamos siempre en el 42.

Ana entornó la mirada, como si enfocándola pudiera recordarla. Pero no, supuso que si la hubiera visto antes, su cabello no habría pasado desapercibido.

—Me llamo Luz —se presentó.

—Ana.

Sonrieron con un poco de incomodidad.

Había llovido fuerte hasta hacía un rato. Terminaba abril, y las hojas secas que aún resistían en las ramas habían sido abatidas por el temporal y ahora yacían aplastadas contra el suelo.

“Es una muerte triste”, pensó Ana. “Deberían caer en tierra, descomponerse, transformarse. Pero no, se quedan ahí, en el asfalto, sin poder cerrar su ciclo. Capaz encuentren el camino hacia un desagüe y...”

—¿Te tomás el 42 ahora?

Asintió. Hubiera preferido seguir pensando en el destino de las hojas.

—¿Qué cursaste hoy? —se interesó Luz.

—Proyectual.

—¿Arquitectura?

—Sí. ¿Vos?

—Diseño de indumentaria.

El colectivo estaba llegando. Ana sacó los auriculares de su bolso y se los puso.

—Nos vemos —soltó al subir.

Luz lo hizo después. Vio cómo Ana se acomodaba en el último asiento a mirar por la ventanilla, las *Converse* sobre la baranda de la puerta del fondo. Parecía etérea. Recordaba haberla visto dibujar como los dioses cuando pasó por el aula de Pensamiento Científico a saludar a un compañero de la secundaria el primer día de clases. Dio la casualidad que luego la encontró regularmente compartiendo el viaje en el 42. Se había quedado admirada de la soltura de su trazo, y de la mirada que había logrado en la mujer que dibujaba. Como si tuviera el alma asomándole en los ojos. Ana tenía, al igual que su dibujo, algo de otro mundo. Algo que la atraía. Iba a hacerla parte de su vida. Estaba decidido.

La lluvia se estrellaba contra el vidrio. En su teléfono sonaba *Illicit affairs*, de Taylor Swift. Hizo el ejercicio de enfocar las venas de agua con el fondo nebuloso de la ciudad, para luego enfocar los edificios tras la ventanilla mojada.

—¡Vení! Acá, atrás del pino.

Había llovido. De la punta de las espinas pendían gotas en las que cabía el bosque.

—¡Vení! ¡Vení!

Las zapatillas corrían sobre el colchón de hojas. Detrás del pino, un murciélago, las alas extendidas.

Anita tomó un palo y lo rozó, guardando distancia. El animal no se movió.

—Está muerto —dijo el niño de ojos de animé.

Se quedó quieta. Era su primer encuentro con la muerte.

—¿Te da miedo? —la desafió el hermano.

—No sé...

—¿Qué te puede hacer?

—No sé. No lo toques.

—Y si... —Lolo le acercó un dedo.

—¡No! —gritó Anita y corrió.

Él tomó una piedra grande y la siguió, haciendo de cuenta que llevaba el animal.

Sabía de esa mentira, pero corrió como si fuera cierto. Y gritó, y se espantó, y le dio golpes amistosos a él cuando llegaron a la casa.

Y el mundo era entonces tan simple y tan real que ahora resultaba insoportable.

*Teníamos los pies pequeños
un hilo nos unía
de corazón a corazón.*

La puerta del cuarto se abrió, obligándola a poner en pausa la lapicera con la que garabateaba en su cuaderno de recortes.

—Ana, ¿pusiste a andar el lavavajillas? —Otra vez un reproche disfrazado de pregunta.

—No, ma.

—Tenemos todo sucio. Te encargabas vos, anoche.

—Perdoná.

Su mamá se fue diciendo cosas por lo bajo. Ana cerró de nuevo. Echó un vistazo alrededor. Últimamente sentía que no terminaba de fijar las cosas. Las imágenes. Como si todo cambiara todo el tiempo de manera imperceptible. Tal vez fuera culpa de la luz.

Quería escribir con una birome de color la frase que se le había ocurrido mientras viajaba en colectivo. Al abrir el cajón, aparecieron unos papeles plateados que la desviaron de su meta. Tomó la tijera y recortó peces. Sabía que por algún lado había tanza. Cuando la encontró, los colgó del riel de la cortina, sobre la ventana. Deseó con todo el corazón que, cuando el sol brillara, se encargaran de repartir destellos por la habitación.

Un portazo anunció que María, su madre, se había ido a comprar algo para la cena. Tenía su lista favorita sonando en *shuffle* y, mientras anudaba el último pez, irrumpió *As it was* de Harry Styles. Empezó a asentir al ritmo de la música. Luego, se unió a la letra, cantando un poco desafinada. Para cuando llegó el estribillo, dejó todo y se puso a bailar. Sin pensarlo, se encontró rebotando alrededor de la cama, a la que subió sacudiendo los brazos, la cabeza, al ritmo de la canción que la llevaba, la transportaba, la hacía ser otra. Se permitió soltarse. Porque sí. Porque estaba viva. Porque tenía un futuro en blanco para escribir, borrar y equivocarse las veces que fueran necesarias.

—Hay que dar dos vueltas a la luna.

—¿Por qué dos?

—Porque dos son mejores que una.

La luna, una silla. El cohete, una caja de cartón.

—¿Cómo te fue en la facultad? —En la cocina reinaba un clima denso.

El descargo y la energía de la música se habían esfumado. María cortaba la comida en su plato, albóndigas con arroz.

—Bien —Ana las empujaba con el tenedor.

Una lámpara de los ochenta que había pasado de casa en casa iluminaba, tenue, la mesa redonda a la que estaban sentadas.

—¿Tenés exámenes, algo? —Sus ojos estudiaban las facciones de la hija, esforzándose por descifrar las historias que no le contaba.

—Todavía no. En unas semanas.

—¿Conociste a alguien?

—¿Dónde?

—En la facultad, Ana. Volvé a la Tierra de vez en cuando. Te pregunto si te hiciste alguna amiga, algún amigo... ahora que estás ahí, y tienen todos los mismos intereses...

—Sí. Está bien —comentó, distraída.

—¿Qué está bien? —María perdía la paciencia.

—La facultad. Está bien.

—¿Y la gente? —Necesitaba saber si algo se modificaba en el mundo de Ana.

—Bien, también.

María suspiró. Miró a su hija con resignación.

—Yo espero que esta etapa pase pronto —comentó, como dirigiéndose a alguien invisible—. Ojalá algún día podamos conversar como gente normal.

Ana observó a su mamá. Tenía el pelo oscuro con las raíces crecidas, algunas arrugas al costado de los ojos café que le parecieron nuevas. Una película turbia le opacaba la mirada. Sus manos parecían independientes del cuerpo, inquietas iban de un lado a otro, dibujando figuras en el aire.

—¿Y esas? —Ana disparó, señalando las maderas y las chapas que se acumulaban contra la

pared.

—Estaban acá a unas cuadras... No iba a dejarlas ahí —María se tensó en la silla.

Ana fijó la vista en una mancha de salsa en el mantel. No sabía cómo encarar la nueva compulsión de su mamá. Su hogar de pronto había sido tomado por latas, chapas, fibrofáciles. Cada día sumaba algo nuevo. Y ¿para qué? ¿Con qué fin?

—¿No comés más? —¿Por qué le hablaba así? Como si siempre hubiera una desilusión escondida detrás de las palabras.

Ana dijo que no con un gesto.

—Estás flaca. No estarás con algún tema con la comida, ¿no?

Negó de nuevo.

—Dale, hija. Ponete las pilas. Comé y socializá. Dame una alegría...

Ana levantó los platos sin decir nada. Los puso en el lavavajillas. Colocó el polvo, el líquido ese que no sabía muy bien para qué era. Lo programó. Su mamá no la entendía. Ella, a su mamá, tampoco.

Se arrojó sobre la cama en la habitación a oscuras y puso *Liability* en *loop* para observar el recorte de cielo nocturno entre los edificios a través de su ventana. A veces imaginaba un futuro en el que, ya mayor, deambulaba por las calles de noche, sin rumbo, a la pesca de inspiración para su escritura.

“Comé y socializá. Dame una alegría...”. ¿Por qué su mamá medía su valor en proporción a las cosas que para ella eran importantes? Cada vez que, en secundaria, le traía el boletín con las notas estratégicamente conseguidas para aprobar, suspiraba y sonreía con orgullo. Como si fuera mejor persona por saber las isotermas y las isobaras o cómo despejar una ecuación.

No la veía. No veía su mundo ni tampoco hacía ningún esfuerzo por conocerlo.

—Disculpame... —un dedo en el hombro la arrancó de sus pensamientos.

—Ah, hola.

La chica del pelo fucsia estaba una vez más detrás de ella en la parada del 42.

—Ana, ¿no?

Asintió, con el ceño fruncido.

—Él es Facu —señaló al chico que la acompañaba, enorme. Él levantó la mano de manera amigable. Tenía el pelo crecido y desprolijo. Un mechón negro le cubría gran parte de la cara.

—Pensábamos ir a tomar algo, ¿querés venir? —soltó Luz, como al pasar. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo para sonar natural.

—¿Cuándo? —quiso saber Ana.

—Eh... Ahora.

Pensó un segundo. ¿Por qué la estaban invitando? ¿Qué querían?

—No puedo —mintió—, otro día...

Luz se disponía a contestar cuando vio cómo ella sacaba los auriculares de la mochila y se los ponía para marcar el final de la conversación. El colectivo no tardó en llegar y Ana se perdió entre los asientos del fondo.

—Es rara —murmuró Facu unos momentos más tarde, tomado del pasamanos.

—No sé por qué, pero me cae bien —le aseguró Luz, levantando y bajando las cejas.

—Es que vos también sos rara —retrucó él, malicioso.

Ella le dirigió una sonrisa cargada de ironía y continuaron el viaje repasando la lista interminable de cosas que tenían que hacer ese fin de semana, sufriendo de antemano por las pocas horas que les quedarían para descansar.

Unos lapiceros sostenían el poncho que caía, cubriendo el frente del escritorio. La apertura para que pasara el cuello era la ventana. Detrás estaba Anita, oculta. Se agarraba las rodillas. Tenía la cabeza enterrada entre los brazos.

—¿Y Ana?

—No sé, hace un rato que no la veo.

Las voces llegaban desde lejos.

Cuántas veces había corrido a ocultarse dentro de esa “tienda” con su hermano. Cuántas tardes hicieron el recuento del botín —juguetes, cacerolas, muñecos—, a la luz de una linterna. Cuántas risas habían quedado prendidas a ese espacio-juego.

Aquella tarde no había risas. Había oscuridad. Había preguntas. Preguntas grandes que excedían los límites del cuarto, de la casa, del mundo. Preguntas que la dejaban muda.

—¿Ana?

Su papá decía su nombre. ¿Era su nombre? ¿Qué significaba ese nombre ahora? ¿Tenía derecho a conservar algo de lo suyo?

Quiso responder, pero no pudo. Se imaginó que Lolo corría la tela y la encontraba. Que se sentaba, enfrentándola. Pies con pies. Sangre con sangre. Se miraron en su fantasía un rato largo. Y en los ojos comenzó a crecerle un mar de incompreensión que lo fue inundando todo.

El profesor de la primera materia había faltado. Tenía que hacer tiempo hasta la segunda y se sentó en una de las tantas sillas de Ciudad Universitaria. Le dio play a *I wanna be yours* de Arctic Monkeys y abrió el cuaderno. Primero dibujó unos garabatos. Después líneas. Después, utilizando la perspectiva aprendida en Dibujo Técnico, un escritorio. Los ojos se le llenaron de recuerdos. Dibujó el poncho cubriendo el escritorio. Se tomó unos segundos. Echó un vistazo alrededor. Todo parecía ajeno, una coreografía absurda que sucedía en otra dimensión.

Casi sin pensarlo, escribió:

*Detrás del velo
éramos salvajes,
nuestra canción llegaba al infinito.
Ahora soy un instrumento solo.
Ya no sueño.*

Esa marea que la ahogaba al pensar en Lolo crecía cuando levantó la vista y se enfrentó a un rostro sonriente.

—Hola.

La del pelo fucsia, otra vez. Ana cerró los ojos. La expresión de Luz, tan contrastante con lo que sucedía en su interior, la obligó a salir a la superficie.

—Hola —respondió con desgano.

—¿Haciendo tiempo?

—Mh-hm.

—¿Qué dibujabas? ¿O escribías?

Ana cubrió el cuaderno con la mano y lo apartó. Facu no tardó en aparecer.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó, con confianza.

Les devolvió un gesto indescifrable. Se sentaron igual.

—El viernes vamos a tomar algo a un barcito por Pedro Goyena —anunció Luz—. Dame tu celu, te paso la dire y venís.

No le estaba preguntando. Parecía no dejarle lugar a que se negara.

“Socializá, dame una alegría”. Tal vez era hora de asomar la cabeza. Solo un poco. A lo mejor la vida le estaba diciendo que era momento de intentar.

El teléfono aguardaba en las manos de Luz. Ana le dictó su número.

—Listo, te escribimos el viernes a la tarde. —Actuaba como si hubiera desbloqueado un nivel en un juego—. ¡Nos vemos!

Se levantaron y Ana los observó alejarse rumbo a las escaleras. El chico de rulos que compartía su clase les pasó por al lado y pareció detenerse cuando la vio, como reconociéndola. Hizo el atisbo de saludarla con la mano, pero se contuvo. “Me habrá confundido con alguien”, pensó Ana, y volvió a su cuaderno.

Releyó lo escrito pero esta vez el mar de emociones permaneció en calma. Por los amplios ventanales se colaba el verde, el río; sintió que pasaba el tiempo y que algo olía a cambio y a miedo visceral.

Anita intentó contar las estrellas pegadas al techo del cuarto. Brillaban en la oscuridad, se las había regalado su papá un día que tuvo dolor de panza. Había vuelto del trabajo con el regalo y las había colocado, subido a una escalera. A ella le encantó la sorpresa. Pensó que por una vez era el centro de atención. Razonó que estando enferma la tenían en cuenta, así que pasó varias semanas inventando afecciones que terminaron por ser descubiertas. La retaron. Que cómo se le ocurría, con todo lo que ya tenían. Que no fuera egoísta, que para qué mentía. Que qué ganas de sumar problemas. Ahora, cada vez que miraba su techo estrellado, recordaba el cariño de su papá trepado a la escalera y los retos.

Lolo tosía sin descanso. La luz del pasillo estaba encendida. Veía pasar los pies de su mamá. Le llevaba té con leche. El PAF. Las nebulizaciones. La rutina conocida. Los ojos de Anita en la oscuridad eran dos estrellas más, yendo de la sombra de afuera a la sombra de adentro. Qué miedo le daban los pasos en el pasillo, el hilo de luz debajo de la puerta, los ruidos. Y qué sola se sentía en esa casa porque ella no tosía.

—¿Alguna novedad?

Los platos estaban casi vacíos. El olor a tarta de vegetales todavía flotaba en la cocina.

—El viernes por ahí salgo... —deslizó, con un hilo de voz.

Bastaron esas palabras para que María se detuviera como atravesada por un rayo. Abrió grandes los ojos. Intentó con todas sus fuerzas moderar su entusiasmo.

—Ah, qué bueno —comentó—. ¿Con un chico? —Su tono resultó gracioso.

Ana la miró, resignada. A regañadientes, soltó:

—Unos amigos.

—Me alegra, me alegra —balbuceó la mamá, monocorde—. ¿A qué hora vas? —le hablaba como si fuera un gato asustadizo, cuidando de que no fuera a salir disparada.

—No sé, ma. —Ana dejó en claro que eso era todo lo que estaba dispuesta a compartir.

—Bueno. En cuanto sepas, contame.

Esa noche, la coreografía del lavavajillas estuvo a cargo de María, que aprovechó a sonreír cuando le dio la espalda a su hija. Ana se detuvo unos momentos a observar el caos reinante. La puerta que daba al comedor enmarcaba una pila de latas que su mamá había rescatado esa mañana.

—Ma...

En cada objeto había dolor acumulado.

—¿Qué pasa? —Se veía tan contenta que no tuvo el valor de decirle nada.

—Nada. Hasta mañana.

Momentos más tarde, se apagaron las luces. Pudo imaginar el living atestado de basura, cubierto por una capa de luz azul. Si seguía así, llegaría un día en el que no iban a tener por dónde caminar.

—¿Querés jugar a algo?

—¿A qué? —respondió Anita a través del barbijo.

—No sé —él también llevaba uno.

—¿A las cartas?

—Bueno.

Ella se acercó al bolso y sacó un mazo. Barajó y repartió arriba de la cama.

—¿Casita robada?

—Dale.

Las cartas se fueron apilando de un lado y del otro.

—Me voy a morir. —Los ojos de animé estaban más grandes y brillantes que nunca.

—No te vas a morir, ¿qué decís? —El miedo latía en su corazón.

—Yo sé. Yo sé que me voy a morir.

—Yo no te dejo que te mueras, así que cortala. Estás enfermo, nada más. Te van a dar un remedio y listo. Para algo estás acá, ¿o no?

Lolo dejó de fruncir el ceño unos segundos.

—¿Vos decís que me voy a curar?

—Obvio, nene.

Un médico entró a la habitación del hospital. Chequeó los papeles a los pies de la cama y saludó a Lolo con cariño. Anita saltó al piso y de inmediato ingresaron sus papás. Tenían ojeras, estaban despeinados. Hacía días que su hermano estaba ahí. No le decían nada, pero podía ver en sus caras que algo pasaba. Algo malo. El mar de miedo, de asfixia, estaba ahí de nuevo, llegando en olas a la orilla de su seguridad.

El bullicio era un recreo del silencio de su casa. Las voces encendidas, el tintineo de los vasos. Los gestos de las personas que contaban anécdotas. La música fuerte que obligaba a levantar la voz. Había algo placentero en gritar. Le dieron ganas de estar entre la gente, de sentarse a la mesa de algún grupo extraño y preguntarles acerca de sus vidas. De acariciarle la nuca a un chico que tenía el pelo cortado tan prolijamente...

—¿Qué tomás? —Luz iba y venía por las páginas del menú.

—No sé... —Ana llevó los ojos del cuello del desconocido a la lista que tenía delante.

Terminó pidiendo una cerveza negra. Le resultaba inquietante estar en ese bar, una sensación parecida a cuando se animó a tomar ese primer café sola.

—Bueno, contanos de vos —soltó Luz, apoyando los codos en la mesa y sosteniéndose la barbilla con las manos.

Ana la miró como si le hubiera clavado un cuchillo.

—No sé, ¿qué querés saber? —retrucó, consciente de que no sonaba del todo amigable.

—Todo —rio Luz—. Empecemos por a qué colegio fuiste.

—Al Liceo 2 —Dudó un momento—. ¿Vos?

—Al Summa.

—Ah. —Miró a Facundo esperando su respuesta.

—Yo fui a uno por Belgrano que no vas a conocer —dijo, divertido—. ¿Con quién vivís?

—Con mi mamá... ¿Ustedes?

—Con mi papá. Mis viejos están separados. ¿Los tuyos?

Ella asintió.

—Los míos también —agregó Luz—. Brindemos por ser hijos de padres separados.

Brindaron. La cerveza surtía su efecto y la ayudó a sentarse un poco más relajada en la silla.

—¿Lo ves a tu papá? —quiso saber Facu.

—A veces...

—Yo, antes, no lo veía mucho —contó él—. Pero desde hace un año más o menos que paso más tiempo en la casa de mi viejo que con mi mamá.

—¿Por? —Ana se encontró preguntando interesada.

—No sé, siento que estoy más... ¿en sintonía? en su casa. Igual, fijate. Digo “su” casa. En cambio, donde vive mi mamá, la llamo “mi” casa. —Sostuvo la mirada hacia un punto lejano durante un segundo—. Buah. Demasiada terapia. —Rieron—. No sé. Me quedo más ahí. Igual a

lo de mi vieja voy también, eh. Cero historia.

—Si tengo que pasar más de veinticuatro horas con mi viejo me mato —soltó Luz, y se desplomó de manera graciosa sobre la mesa—. ¡Es un bardo! A veces llego y me pongo a lavarle los platos de una semana.

—¿En serio? —Ana no podía creer lo que escuchaba.

—Te juro. Por momentos me hace sentir que soy su mamá. Y no, mi ciela. Acá soy yo la que necesita padres. Lo amo, pero en dosis.

Ana sonrió. Era un personaje.

—¿Qué hace tu mamá? —quiso saber Luz, volviendo a clavarle la mirada.

La comodidad ganada se esfumó.

—Mi mamá es artista plástica. Escultora... Pero hace mucho que... que no hace obra.

—Ah, ¿y qué hace? Digo, ¿a qué se dedica?

—Da clases.

—¿De escultura?

—De Plástica, en colegios.

—Qué bueno. ¿Por eso te gusta Arquitectura? Tienen que ver, ¿no? El arte y la arquitectura...

Ana se dio cuenta de que no lo había pensado. Siempre le había gustado dibujar, pero no sentía que hubiera sido por influencia de su madre. Qué extraño. Ahora que unía esos dos datos le parecía que tenía todo el sentido.

—Supongo... —aceptó—. ¿Y vos? —Estaba ansiosa por cambiar el foco de la conversación—. ¿Por qué elegiste Diseño de indumentaria?

—Amo. Desde chica. La ropa. La imagen...

Era cierto. Luz se vestía con mucha personalidad. Así como su pelo era fucsia, nunca repetía una prenda, o la combinaba de tal manera que parecía no haberla usado antes.

—¿Vos también estás en Indumentaria? —le preguntó Ana a Facundo.

Él asintió.

—Fue difícil para mis viejos abandonar la fantasía de que estudiara Abogacía como ellos, pero me ven tan enganchado que ya se les pasó la desilusión. —Facundo estaba tan dispuesto a compartir todo... Ana admiró esa manera de relacionarse, tan abierta, tan clara.

Por un segundo se dedicó a observarlos. Tuvo una sensación extraña, nueva. Una alegría desconocida. ¿Eso era pertenecer? Los sentía cercanos. Inofensivos, era la palabra.

—Tenemos que aprovechar que vivimos cerca para juntarnos a estudiar —propuso Luz—. Podríamos ver qué materias tenemos en común y anotarnos juntos el cuatrimestre que viene, ¿o no?

Pensó que era una buena idea hasta que recordó las experiencias de los trabajos en grupo que tuvo que hacer durante el secundario, y lo dudó.

—Puede ser... —terminó por decir.

—Bueno, no te entusiasmes tanto —respondió Luz, con ironía.

—¿Hay alguna otra cosa que te guste hacer además de dibujar? —Ahora era Facu el que arremetía con el cuestionario—. Yo toco el teclado.

—Yo hago tela —agregó rápidamente Luz.

—¿Tela? —Fugazmente Ana asoció “tela” con indumentaria y se confundió.

—Sí, viste, me cuelgo de una tela y hago figuras —explicó Luz, haciendo el gesto con la mano.

—Ah, sí, sí. —Recordaba haberlo visto en algún lado—. Está bueno.

—Está genial. ¿No querés venir?

—Eh... —Se imaginó colgando cabeza abajo—. No me veo.

—¿Y? —Volvió a la carga Facu.

—¿Qué? —¿Dejarían de hacerle preguntas en algún momento?

—¿Qué hacés además de estudiar?

—Me gusta... no sé. —Bajó la mirada y se puso a jugar con el anillo que tenía en el anular.

—¿Qué?! —Se desesperó Luz.

—Escribir —confesó—. Me gusta escribir.

—¡Excelente! —celebró Facu—. ¿Qué escribís?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada, pensamientos, frases.

—Pero qué, ¿tipo poesía?

—Algo así.

—Leenos algo —pidió Luz.

—No —respondió Ana, tajante.

Los tres se quedaron sorprendidos frente a la reacción y su tono. Después de unos segundos incómodos, ella se echó a reír.

—Perdón —se excusó, sonriendo de manera sincera—. No me gustaría mostrarle lo que escribo a nadie. Sonó mal, pero es la verdad.

Luz y Facundo la miraron y, por un momento, ella pensó que hasta allí había llegado su breve boceto de amistad. Que la tomarían por cerrada, por mala onda. La historia de su vida. Pero esta vez, a diferencia de otras, la idea de que fuera así le dio pena.

—Acá no tenés obligación de hacer o decir nada, Ana —la tranquilizó Facundo de inmediato.

—Está todo bien —aseguró por su parte Luz—. Me parece perfecto que lo tengas claro. Debés ser buena... la mayoría escribe cualquier porquería y ya lo está publicando en las redes como si fuera Borges.

—¡Ja, ja! —estalló Facundo—. ¿Lo decís por la piba de Matemáticas, que nos agregó?

—Ya la bloqueé, olvidate.

—Escuchá esto —le dijo, animado.

Ana tomó un sorbo más de su cerveza y prestó atención a los fragmentos de “poesía” que él leyó de su celular.

—“Me encantás como el verano / con olor a mango / agárrame la mano y caminemos / la luna nos acuna / seremos la locura / vos y yo por siempre / moriré de amor al verte”.

Luz gritó, extasiada.

—¡Otro! —exigió.

—Ay, este lo leí el otro día y no podía creerlo: “Un cuento de hadas / mil y una vez / alguna historia inventó mi razón / cuando el amor atacó mi corazón. / Pero los cuentos no existen / está comprobado / el príncipe no baja / de su corcel dorado. / La bruja mala es la única talentosa / pues sus pociones han causado / un desconsuelo descontrolado. / Y sin corona, y sin vestido / y sin príncipe, y sin mendigos / termina este final infeliz / que solo rima con nariz.”

Por un segundo se miraron, expectantes. Lanzaron una carcajada. Eran muy malos, tenían razón. Terminaron llorando de la risa.

Al final Ana no la estaba pasando mal, todo lo contrario. Había contestado de manera honesta a todas sus preguntas y parecía gustarles. Tal vez, para variar, podía ser ella misma y encajar.

Había pasado una hora y algo. Estaban charlando de la música que escuchaba cada uno.

—Vos, que tocás el teclado, ¿no tenés una banda? —quiso saber Ana.

—Sí, re. Toco con mi hermano y otros dos pibes de su curso. Está en quinto año.

—¿Qué tocan?

—Rock. A veces algún reggae... Tocamos en un bar, en dos semanas. Tenés que venir. Luz ya confirmó. Después te paso la data. Agregame en Instagram.

—No tengo —dijo Ana con naturalidad.

—¿NO TENÉS INSTAGRAM? —parecía que Luz iba a tener un ataque.

—No...

—Dame tu teléfono... ¿Cómo no vas a tener INSTAGRAM?

—Qué se yo... lo de las redes sociales mucho...

—DAME. TU. TELÉFONO.

Ana se asustó un poco. Le dio el celular y ella bajó la *app*, la abrió, la configuró y en cuestión de minutos tenía su perfil listo.

—Bueno. Ya. Ahora tenés que empezar a seguir estas cuentas que te voy a pasar de diseñadores que te van a volar la cabeza...

—Que empiece por seguir a mi banda —sugirió Facu.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Ana.

—Maldito Velcro.

Luz lanzó una carcajada.

—Es genial. Cada vez que lo escucho, estallo.

—¿Hay algo más espantoso que el velcro? —cuestionó Facu, buscando complicidad.

—Nada —aseguró Luz, dramática.

Ana los observaba. Qué fácil les resultaba reírse. Con qué ganas lo hacían. Quiso también ella reírse así.

—Tenés fotos buenas, eh... Ya te lo dije —comentó Luz, revisando el perfil de su banda.

—La prima del baterista es fotógrafa. Una crack —explicó él.

—A ver... —Ana estiró la cabeza—. Están buenas en serio.

—Listo. Ya te puse seguir —le dijo Luz a Ana y luego le habló a su amigo—. Tenés una seguidora más, Facu. ¿Este es tu hermano? ¿No tenía el pelo largo? —señaló a un muchacho en una de las primeras fotos del *feed*.

—Sí. Se lo cortó hace poco. ¿Viste? Parece otra persona.

—Ahora está igual a vos. Son re parecidos —se admiró Luz—. Qué bueno que compartan la música. Mi hermana no me da ni bola —le comentó a Ana—. Es insoportable. Tiene quince y todas las hormonas revolucionadas. No la banco. Vos, ¿tenés hermanos?

Un pinchazo. El mar que la ahogaba. Ay, no vio venir ese dolor. Los ojos turbios, el mareo por el alcohol, el aire que no entraba a sus pulmones. Tenía que salir, a la calle, a la noche, a su casa.

—Es tarde —balbuceó, y se puso de pie—. ¿Cuánto saldrá?

La miraron con intriga, sin entender.

—¿Ya te vas? ¿Estás bien? ¿Pasó algo? —se preocupó Facu.

—No, todo bien. Te dejo esto... —sacó algo de plata de la billetera y la dejó sobre la mesa—. Nos vemos.

Tomó la campera de jean y salió como si su vida dependiera de ello. Respiraba con dificultad. Empezó a transpirar. El corazón le latía con fuerza. Le llevó varias cuerdas calmarse. Las lágrimas caían mientras las hojas de los plátanos se arrojaban desde las alturas empujadas por el viento.

Se apretó el pecho con los brazos, como abrazándose a sí misma.

—Te extraño —murmuró para sí—; te extraño. Te quiero contar esto, te quiero contar todo.

Se sentó en la escalera de su edificio un rato largo. No podía llegar así. Su mamá se iba a preocupar. Pasó una hora mirando la pared de ese lugar sin historia. Y se preguntó adónde le gustaría estar. “Con él”, pensó. “Donde sea que esté él”.

Tiritaba. Se dio cuenta de que era momento de subir. Las manos le temblaban cuando metió la llave en la cerradura. Se miró la cara en el espejo del ascensor: el frío la había dejado pálida. Tenía los ojos un poco hinchados, pero no creía que su madre notara que había estado llorando.

Al abrir la puerta se tropezó con una plancha de fibrofácil. María estaba tomando un té en la cocina.

—¡Hola! ¿Cómo te fue? —la saludó, entusiasmada.

—Bien, ma —hizo un esfuerzo para mostrarse entera.

—¿Todo lindo? ¿La pasaste bien?

—Sí.

Echó un vistazo alrededor: su casa parecía un desarmadero.

—Qué bueno. Me alegro mucho. —Por más que sus palabras decían lo contrario, la tristeza de siempre asomaba en su mirada—. ¿Cómo se llaman los amigos con los que te viste?

—Luz y Facundo. —Ana sintió una piedra en el pecho.

—Lindos nombres —su madre se la quedó mirando.

—Sí.

Silencio. Había un olor fuerte a querosene y Ana pareció encontrar un hilo de coraje.

—Ma, ¿trajiste algo con olor a pintura?

—Unas chapas, nomás. —Esquivó su mirada.

—¿No te parece que...?

—Me voy a dormir, que estoy cansada —interrumpió María—. Me quedé despierta porque quería estar para cuando volvieras y preguntarte cómo te había ido pero no doy más. —Se estaba yendo cuando volvió sobre sus pasos y le dijo, emocionada—: Me alegra que salgas, Ana. —Le dio un beso y se encerró en la habitación.

El coraje había sido poco y se había esfumado al chocar con la pared que advertía alrededor de su mamá. Una vez en su cuarto, Ana encendió la guirnalda de luces que colgaba entre dos estantes. La hacía sentir en casa, tenía algo cálido y hermoso. Se arrojó en la cama con las manos enlazadas sobre el estómago a escuchar *Family Line*, de Conan Gray. Fijó la mirada en el techo. No había estrellas en esa casa. No había papá en esa casa. No había hermano en esa casa.

Cerró los ojos. Sintió que caía, caía. La música la llevaba a una galaxia diferente. Tenía una herida abierta, casi que podía tocarla. Le parecía que todo el mundo podía ver su soledad.

“¿Tenés hermanos?”. Tengo, tengo, se repetía. Está acá, dijo, apretando el lugar donde latía su

corazón, mientras las lágrimas caían a los costados para estrellarse sobre la manta cuadrillé.

Se abandonó a la tristeza. Dolía sin remedio. Nadie compartía ese dolor. Solo ella lo sentía y eso la hacía sentirse más sola. Quería vivir. Quería estar bien, quería reírse como Luz y Facu, sin la pena que le hacía nudos en el alma. Quería que su casa fuera ruidosa, alegre. No ese mundo desolado, orbitado por su mamá y los despojos que se ocupaba de acumular, como vestigios del naufragio de lo que alguna vez había sido su hogar.

El mar en su extensión. El balde que debía llenarse para luego descargar su contenido en la arena y construir el castillo. Lo rodearía un pozo con agua y espuma. El sol que picaba, el bullicio incesante de la gente. Los pies descalzos de Anita saltando las olas. Los dedos pequeños de Lolo aferrándose a su mano.

—No me sueltes, enano.

La risa. El eco. El balde que iba, que venía.

—No me sueltes.

Las máquinas del hospital. Los dedos blancos, fríos.

—No me sueltes.

La noche en su extensión. Ana había abierto una puerta. Quería volver a cerrarla. Temía que queriendo a alguien más los recuerdos se desvanecieran. Que amar a otros borrara a su hermano como la espuma borra las huellas en la arena. Quería permanecer quieta para que todo quedara como entonces: intacto. El recuerdo, intacto. La memoria, intacta. El corazón, intacto.

*Pensé que tu mirada
espantaría a la muerte.
Ni el peso de tu alma
ni mi amor
fueron suficientes.*

Durante el fin de semana puso la cabeza en modo avión. Maratoneó series en Netflix, comió cereales de la caja y leyó un libro del cual, al terminar, no se acordaba casi nada. Parecía escrito por la chica que leyeron en el bar con Facu y Luz. Cada vez que pensaba en ellos, le dolía la panza. Hizo lo que pudo para evitar que se cruzaran por su cabeza. Pero Luz le mandó un mensaje el sábado:

Luz

Holaaaa! Todo bien? :)

1:37 P.M

Ana

Sí. Mirando una serie. Beso!

2:41 P.M

Luz

Beso <3

2:42 P.M

El lunes le latía el corazón al subir las escaleras de la universidad. En su mente repasaba qué aulas esquivar para no cruzárselos. Aunque lo intentó y tuvo éxito los primeros módulos, ellos sabían las clases que cursaba y no tardaron en aparecer en Pensamiento Científico.

—¿Qué onda? —saludó Luz, relajada.

—Ah, hola. Acá...

—¿Qué te viste?

—¿Cómo?

—Me dijiste que estabas viendo una serie, ¿cuál?

—Ah... *The Umbrella Academy*.

—Soy fan —declaró Facu.

—Sí, está buena —coincidió Ana.

—El finde nos juntamos en casa —arrojó Luz, que parecía ansiosa.

—Tenemos que hacer unas láminas —explicó Facu—, si tenés ganas venís y te ponés a

trabajar en algo que tengas que hacer vos, o nos hacés compañía...

—No sé... —A Ana le resultó extraño que no hubieran tomado a mal su manera de irse del bar, actuaban como si nada hubiera pasado.

—¡Dale! —insistió él, poniendo cara de súplica como un dibujito—, ¿o acaso tenés algo mejor que hacer que vernos al borde del colapso emocional por una entrega?

La realidad era que no tenía planes, pero... ¿y si volvía a sentirse mal? No quería pasar por eso de nuevo.

—Vemos. Cualquier cosa les aviso.

Se levantó y, después de saludarlos con la mano, se dirigió a la salida. Mientras bajaba las escaleras buscó *Deja vu*, de Olivia Rodrigo y subió el volumen.

Estaba fresco, se acomodó la bufanda escocesa. Echó un vistazo alrededor: tanta gente, yendo, viniendo. ¿Qué estaría pasando por la mente de cada uno? ¿Qué problemas tendrían?

Se dirigió a la parada. El 42 estaba viniendo. Se preguntó si al crecer Lolo hubiera seguido con la idea de estudiar “para científico”, como decía. Le gustaban los experimentos, los animales. Tal vez habría optado por Química, o Biología, o Veterinaria. A veces hacía el ejercicio de pensar cómo se vería su hermano a la edad de ella.

Se sentó una vez más en el asiento del fondo. Observó a los que subían. Imaginó que sus pechos eran transparentes y que podía verles el corazón, cada uno de un color distinto de acuerdo con la expresión de su cara. Una chica tenía el corazón naranja. Un muchacho, gris. Una señora de mirada sensible, azul. Torció la vista hacia la ventanilla. Se preguntó si algún otro ser humano imaginaría cosas como esas y volvió a sumergirse en la música que sonaba, ahora *Good 4 you* y en las calles conocidas por las que transitaba el colectivo.

—¿Querés un café?

—Bueno.

Darío accionó la máquina que estaba sobre su mesada impecable. Si había algo que Ana disfrutaba de la casa de su papá —y ahora no podía dejar de pensar en eso que había dicho Facu sobre el “su” y “mi” casa—, era el orden. Se trataba de un departamento chico, de dos ambientes, pero la decoración, los muebles, todo era minimalista, y no había nada que sobrara ni un solo objeto fuera de lugar.

—¿Capuchino?

—Dale.

Ana estaba sentada en el desayunador. Su papá puso unos panes en la tostadora y sacó de la heladera mermelada y queso.

—¿Cómo anda el estudio?

—Bien.

—¿Te gusta?

—Sí.

Cuando las tostadas saltaron, ella las puso en un plato. Sacó dos cuchillitos del cajón y dos individuales.

Tomaron de las tazas en silencio.

—¿Y Eri? —preguntó Ana.

—Bien.

—¿No viene hoy?

—No, hoy estaba con los chicos.

Érica y Darío estaban juntos desde hacía dos años. Sin embargo, eran pocos los momentos que había compartido con ella. Ambos habían decidido que lo de la familia ensamblada no les cuadraba y se enfocaban en pasar tiempo en pareja, sin involucrar a sus hijos. Ella tenía dos, de once y trece años. Ana los había visto dos veces. La primera, en el cumpleaños de su papá, hacía casi un año. La segunda, cuando Érica festejó sus cincuenta en un salón y la invitó, cuatro meses atrás. Recordaba haberse aburrido como nunca. Los chicos eran simpáticos, pero ninguno demostró demasiado interés en charlar con la hija introvertida del novio. Si hubiera sido por ella, no habría ido, pero su papá se lo había pedido especialmente, y no había podido rehusarse.

Érica no le caía mal. Ni bien. Le resultaba indiferente. Valoraba que no había querido

acercársele ni hacerse la amiga. Hubiera odiado eso. La respetaba por no haber intentado meterse en su vida. Y creía que a ella le pasaba lo mismo. Que no pretendía que Ana tuviera una relación con sus hijos ni con ella. Estaba bien así.

—¿Vemos un capítulo de *Stranger Things*? —sugirió Darío.

—Sí.

Se sentaron en el sillón y no vieron uno, sino tres. Luego Ana tomó la mochila, le dio un beso en la mejilla y volvió a su casa, donde María la esperaba con los ñoquis servidos.

—¿Qué tal tu papá? —quiso saber.

Siempre que lo nombraba la voz le salía rara.

—Bien...

—¿Está bien? —No había manera de que sonara natural.

—Sí.

—Me alegro. —Hizo una pausa, luego preguntó—: ¿Estaba la novia?

—No, hoy no. —Ana se sentía incómoda hablando de ellos con su mamá.

—¿Y qué hicieron?

—Miramos *Stranger Things*.

—¿Nada más?

—Eso.

—Vos y tu padre son igual de comunicativos —lanzó, una vez más, como buscando complicidad con alguien que no estaba allí.

Ana levantó la vista del plato. La miró a los ojos. No, no era una gran conversadora. ¿Cuándo iba a aceptarla así? Seguramente Lolo hubiera estado charlando toda la cena, contando de sus amigos, de sus actividades, de sus logros. Lolo estaba siempre alegre. Llenaba todos los espacios. Siempre salía con alguna ocurrencia que los hacía matar de risa. Ella no. No tenía esa chispa, nunca la tendría. ¿Tenía que pedir perdón por eso?

A veces sentía que su mamá hubiera preferido que se enfermara ella.

Se quedó callada, con la mirada fija en el plato y tragó saliva. Levantó la mesa y puso a andar el lavavajillas. María se quedó sentada. Por más que la cocina era pequeña, las separaba una distancia inmensa, la distancia de las cosas que no podían decirse.

El sábado amaneció nublado. Ana fue hasta la cocina, había dormido mucho. Puso a calentar agua. Su mamá había salido.

Estaba mirando su *Instagram* cuando escuchó las llaves en la puerta. Vio a María luchando para entrar unas tablas roídas y sintió un sabor amargo en la boca. No podía seguir viendo cómo la casa era tomada por las cosas que sacaba de containers, de la basura, de las veredas. En ese mismo momento le entró un mensaje.

Luz

Facu está en camino. Venís?

11:12 A.M.

No lo pensó. Corrió a su habitación, se puso un buzo, una campera y salió.

—Vuelvo tarde, me junto a estudiar con Luz y Facu —soltó antes de cerrar la puerta, sin esperar la respuesta de su mamá.

El frío le encendió las mejillas. Caminó con *Bubblegum Bitch* sonando a todo volumen en sus oídos. La casa de Luz no quedaba lejos.

¿Por qué todo el tiempo se sentía incómoda? En su casa, en la facultad, en su cuerpo. Suponía que la libertad la calmaría. La libertad, ¿qué era? ¿Vivir sola? ¿Cuánto le faltaba para independizarse? Primero tenía que conseguir un trabajo. Uno bueno, que pagara bien, para poder mantenerse. ¿De qué? Sintió una puntada de ansiedad en el pecho. Quizás solo era cuestión de empezar por algo fácil, aunque no tuviera nada que ver con lo que le gustaba. Trabajar de camarera, o vendedora en un local de algo. Sí. Tenía que buscar. ¿Dónde se buscaba? Y después, alquilar un monoambiente, y armar un lugar suyo desde cero.

Se imaginó en una cama chica, en un cuarto pequeño, con una ventana mínima. No sabía si la felicidad estaría allí, pero la idea de vivir sin su mamá le daba paz. Sin miradas, sin peso. Si lograba hacerlo, adoptaría un gato.

Tocó el timbre. Era una construcción vieja sobre la calle Colombres. Luz sonreía cuando salió a abrirle. Se sentía bien que alguien la recibiera con esa alegría.

—¡Qué bueno que viniste! —le dijo, rodeándola con el brazo.

El living estaba forrado de madera oscura. Las fundas de los sillones tenían años de historia. Parecía que allí habían vivido varias generaciones.

Facu estaba poniendo sus láminas arriba de la mesa.

—Nos vas a dar una mano, ¿no? —la miró con un gesto suplicante.

—Por lo pronto va a ayudarme con el café —lo atajó la anfitriona y se la llevó rumbo a la cocina.

Ana lo miró levantando los hombros, con un gesto que dejaba en claro que no podía rehusarse. Le gustó esa confianza, como si fueran amigos de toda la vida. Nunca había vivido eso. Y se sentía bien. Se sentía genial.

La cocina no era muy amplia. Tenía las baldosas cuadradas, blancas y negras, como un tablero de ajedrez. Un mármol antiguo cubría la mesada, y tenía ventanas rectangulares, con marco de metal pintado de verde inglés.

En los estantes había tarros de todo tipo, cajas y cajitas. Parecía la cabaña de una bruja.

—A mi mamá le encantan las cosas naturistas —comentó Luz, notando que su nueva amiga estudiaba todo—. Y colecciona hierbas, condimentos, lo que sea que puedas encontrar en una dietética, lo vas a encontrar acá.

Ana sonrió. El aroma que se respiraba era particular e inquietante. Se daba cuenta de que le estaba empezando a gustar eso de entrar a mundos distintos al de ella. Conocer otras maneras de habitar espacios, de relacionarse. Y se sorprendió. Porque eso quería decir que, a pesar de que su actitud indicara lo contrario, en verdad los otros le atraían.

—¿En qué estarás pensando? —murmuró Luz, mirándola con ojos soñadores.

—¿Eh? Ah, nada. Que me gusta... me gusta tu cocina —el tono definitivamente era de descubrimiento.

—¿Te gusta? —rio—. ¡Me alegro! —se acercó, estudiando algo en su frente.

—¿Qué-qué tengo? —Ana se echó hacia atrás.

—Nada, nada, un mechón de pelo... —Luz lo corrió delicadamente con los dedos y se lo escondió atrás de la oreja.

—Eh... gracias —Ana no supo cómo reaccionar.

—De nada —le respondió enérgica, y se volteó para atender la cafetera que, burbujeando, anunciaba que era hora de apagar el fuego—. ¿Le ponés azúcar?

—Sí, sí.

—¿Me alcanzás las tazas esas, las amarillas? —señaló uno de los tantos estantes estallados de cosas.

Acomodaron todo en una bandeja y Luz puso unas galletas de algarroba en un plato.

—¿Probaste alguna vez? —le preguntó, camino al living.

Ana dijo que no con la cabeza.

—¡Eh! —festejó Facu cuando las depositaron al lado de su lámina, y se llevó varias a la boca—. No tienen gusto a nada —comentó, un poco desilusionado, lo que no impidió que las siguiera comiendo.

—Dale, animate —la alentó Luz.

Mordió un pedacito.

—¿Y? —los dos la miraron expectantes.

Masticó, en silencio. Sus cejas se curvaron y, con una mueca, concluyó:

—Son muy horribles. Tienen gusto a...

—¿A...? —la ansiedad los dominó.

—A cartón —hizo un gesto de asco—. ¡Por favor! Son muy feas. Muy muy feas.

Se rieron con ganas.

—En un rato pido unas pizzas para almorzar —los tranquilizó Luz.

—Ay, te lo pido por favor, Luchita —Facu hablaba de manera graciosa—. Con esto nos morimos de hambre. Vení, Ana —la invitó a sentarse junto a él—. Ayúdame con esto. ¿Me pintás el pasto? —Le puso un lápiz verde en la mano.

No tuvo mucha opción. Cuando llegó la pizza, sus arbustos lucían primaverales y esponjosos.

Un ladrillo sobre otro. La construcción era la fortaleza donde los playmobils esperaban la llegada de los enemigos que venían a atacarlos.

—¡Tomá!

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Los bloques caían. Las figuras se trenzaban en peleas épicas.

—Hay que volver a levantar el fuerte. ¿Me ayudás?

—Ana...

—¿Eh?

—¿Me ayudás?

—Sí, Lolo.

—¿Lolo?

—Facu, perdoná.

—Apa, apa... ¿Quién será Lolo?

—¿Con qué te colgaste? —quiso saber Luz.

—Con nada.

Ana tomó el lápiz azul y coloreó, visiblemente incómoda, el traje de una de las figuras. Ellos la observaron unos instantes, se dieron cuenta de que no quería que siguieran preguntando.

—Gracias por darnos una mano, genia. Te sale todo increíble —comentó Facu, después de un rato, admirando lo bien que había quedado su lámina.

—No hay problema.

Sin que se dieran cuenta, entre porciones de muzzarella y *Rotrings*, se hicieron las diez de la noche.

Ana chequeó su celular. Tenía un mensaje de su mamá.

Ma

Hola! Cómo va todo? Te espero para cenar?

9:12 P.M

Hiji

No, perdón. Se me pasó la hora. Comemos acá.

10:07 P.M

Ma

Me imaginé. A qué hora estarás de vuelta?

10:08 P.M

Hiji

Ni idea. Te aviso, ok?

10:08 P.M

Ma

Por favor. Cuidate. Que lo pasen lindo. Besos para todos!

10:09 P.M

Cuando terminaron de ordenar las cosas de la cena, que había consistido en sobras de pizza, cereales y papa fritas, decidieron hacer un descanso.

—¿Y tu mamá y tu hermana? —le preguntó Facundo a Luz.

—Están en Pinamar.

—¿En Pinamar? —se interesó Ana.

—Sí, mi tía tiene una casita, nos invita seguido.

—Qué bueno, ojalá tuviera algún familiar con casa en la costa —fantaseó Facu, mirando hacia la ventana. Podían verse las olas rompiendo en sus pupilas—. ¿Sos más de playa o de montaña? —le preguntó a Ana.

—Me gusta el mar, aunque hace mil años que no voy.

Luz saltó en la silla como si le hubieran dado una descarga eléctrica.

—¡Ya sé! —gritó—. Un día arreglo con mi tía y vamos los tres. ¿Qué dicen?

—Estaría buenísimo, claro —se apresuró a contestar Facu.

—Puede ser... —A Ana la idea no le disgustaba. El mar, con amigos. Sin su mamá, libre.

—Sí. Si quieren pueden quedarse a dormir... —deslizó Luz, curiosamente tímida.

—Y sí, no vamos a ir solo por un día... —retrucó Facu.

—Hoy, digo —las mejillas de Luz estaban encendidas—. Si quieren se pueden quedar a dormir. Vemos una peli y mañana seguimos, le metemos con todo.

—Por mí, joya —se entusiasmó él.

—Yo no me traje nada... —balbuceó Ana, la propuesta la tomó por sorpresa.

—No te preocupes, te doy una remera.

Por un segundo se preguntó si tenía ganas, si se iba a sentir cómoda. Estaba a punto de decir que mejor no, que se volvía a su casa, cuando recordó el olor a querosene, las chapas y las latas.

—Ok... —aceptó, no muy convencida.

Le avisó a su mamá, que respondió con muchos emojis de todo tipo. En algún punto le molestaba pensar que le estaba dando el gusto. María se las arreglaba para que sintiera que todo tenía que ver con ella. No era cierto. Si estaba siendo más abierta era porque quería, porque por primera vez había conocido a otros que le daban seguridad, que la hacían parte. Porque se notaba más abierta a lo imprevisto, temiendo menos.

Decidieron terminar de trabajar porque estaban agotados y con los ojos rojos. Facu puso música de su celular en un parlante. Sonó *La ciudad de la Furia* a todo volumen.

—¿Te gusta Soda? —le preguntó a Ana.

—No escuché mucho, la verdad...

—Es la banda preferida de mi viejo, y a mí también me encanta.

—Esperen... —soltó Luz, de pronto, como iluminada—. Salió corriendo hacia una vitrina y volvió con una botella de *Bailey's*—. Díganme que no soy lo más —canturreó.

—¡Te amo! —Facu aplaudió.

Ella sacó unos vasitos y les puso hielo. Sirvió el licor y los tres se sentaron en los sillones.

—Bueno, ¿qué vemos?

—Algo divertido... —Facu pasaba los títulos en *Netflix*.

Pusieron una comedia muy idiota que, sumada a la botella que sin darse cuenta terminaron, los encontró muertos de risa cuando llegaron los títulos.

Ana se sintió liviana por primera vez en mucho tiempo. No era solo por el alcohol y las risas. Era, sobre todo, por hallarse en un lugar sin peso. Con personas que no la miraban con ojos vacíos, esperando a que llenara los huecos que había dejado otro.

Cuando despertó estaba en el sillón, tapada con una manta y apoyaba la cabeza en el hombro de alguien. ¿De quién? Se sobresaltó.

—Ey, tranqui. Nos quedamos dormidos. Tengo el brazo acalambrado. —Facu se rio.

Ana también. Le dolía un poco la cabeza. Se sintió rara. Nunca había compartido esa intimidad con un chico. Facu pareció notarlo, porque comentó con un tono extraño, como para llenar el silencio:

—Vamos a activar porque nos quedan mil cosas... —Se levantó y empezó a acomodar sus cosas en la mesa, ordenando sus láminas de manera torpe.

El olor a café llegaba desde la cocina, lo que indicaba que Luz ya estaba despierta, preparando el desayuno.

Ana fue hasta el baño. Se miró al espejo. Tenía el pelo revuelto y ojeras. Comprobó que su aliento no olía del todo bien. No pudo evitar sonreír. Así que eso era tener una vida normal. Se peinó como pudo y se puso en el dedo pasta de dientes que encontró sobre un estante para lavarse un poco. Más allá de que había cosas que todavía la ponían incómoda, estaba disfrutando compartir tiempo con sus nuevos amigos. De pronto la asaltó un pensamiento que la amargó: ¿cuánto iba a durar?

Regresó al comedor y tomó su café en silencio. Luz y Facu hablaban de lo mala que había sido la película.

Comieron galletitas y se turnaron para poner listas de música en Spotify que luego se compartieron.

—Ana, ¿me dibujás unos tipitos por acá?

El resto del día consistió en dibujar esto o aquello, aquí o allá. Aunque les puso incontables caras de fastidio, lo disfrutó un montón. Era lindo sentirse útil.

Alrededor de las cinco empezó a tener ganas de irse. Había sido suficiente, necesitaba su cuarto, sus cosas.

—Chicos, me parece que llegan bien con todo. Me voy a ir yendo.

—¡Quedate un rato más! —saltó enseguida Facu.

—No, en serio. Me voy a casa, gracias.

—¿En qué te vas? —se preocupó Luz.

—Caminando, estoy acá nomás.

—¿Seguro? —insistió él—. Si querés te acompañamos...

—Seguro, no se hagan problema. Me gusta caminar.

Tomó la mochila, los saludó con un beso y salió al aire frío. El sol caía. Había olor a invierno aunque faltaban unos días para que comenzara. Sentía el corazón revuelto. Demasiadas cosas. Por las calles no había gente. Era domingo. Se imaginó que todos estaban al abrigo de su hogar, merendando en familia, mirando alguna serie.

Cuando abrió la puerta, se encontró con su mamá sentada en la alfombra del living rodeada de fotos, ropa y objetos. Los reconoció enseguida, eran de su hermano. ¿Había bajado las cajas que tenía en lo alto del armario, las que durante todo ese tiempo no se había atrevido a tocar?

—¡Ana! —se sobresaltó María, tenía la cara hinchada—. No pensé que estabas por llegar, yo...

Se levantó, tambaleante, y comenzó a guardar todo como si la hubieran descubierto haciendo algo que no correspondía.

El corazón de Ana se le ovilló en el pecho. No pudo procesar la imagen. Corrió a su habitación y cerró la puerta. Se echó en la cama y hundió la cabeza en las sábanas como si así pudiese desaparecer.

Un rayo de sol se posó en uno de los escritorios. Las partículas de polvo que lo atravesaban parecían una pequeña vía láctea perdida en el espacio infinito de la facultad.

Era lunes y era temprano. Tenía en la mano un café con leche que había comprado hacía unos minutos. Olía rico y le dio una curiosa sensación de bienestar. De cuando en cuando la asaltaban sentimientos de pertenencia. Y esos escasos segundos de aterrizaje la desconcertaban tanto como la hacían pensar que tal vez hubiera algo de sentido.

Una figura se sentó en el banco a su costado rompiendo el efecto especial. Ana lo miró. Él la miró también con ojos que sonreían. Y el aire otoñal que parecía andar a sus anchas aquella mañana, se contuvo todo en sus pulmones.

—Hola —la saludó.

Era el chico de rulos. Por alguna razón siempre llegaba tarde. Pero hoy había llegado temprano y se acomodó a su lado. Y la saludó. Sí, la había saludado. Ana no supo responder. Levantó el dedo, la única parte de su cuerpo que pudo accionar, y bajó la vista. Al piso de cemento, a su jean, a cualquier lugar lejos, lejos, lejos de esos ojos que exhibían con descaro un corazón desnudo.

¿Por qué no había podido relajarse? ¿Podía un ser humano afectarla de esa manera con solo estar a unos centímetros? En algunos momentos, cuando creyó que no la miraba, aprovechó para espiarlo. ¿Qué tenía?

Rulos. Unos rulos chiquitos. La mandíbula recta. Una nariz linda. Y pestañas. Pestañas largas que enmarcaban ojos color miel que sonreían. Cada vez que lo miró, quiso abrazarlo, tocarlo, hundir los dedos en su pelo esponjoso.

Cuando la profesora se despidió, registró que el tiempo se había vuelto extraño. Había dejado su café con leche por la mitad. No había tomado un solo apunte. De hecho no recordaba nada de lo que se había dicho. Él se puso a guardar sus cosas en la mochila. En eso giró la vista y se encontró una vez más con su mirada. Le sonrió —¡otra vez!— y salió.

Ana se encogió en su asiento. Mientras lo miraba alejarse, sentía que le quitaban algo. De pronto una parte de ella que ni siquiera sabía que existía le había sido arrebatada. ¿Qué? Qué confuso era ese vacío. ¿Por qué ahora necesitaba saber de él? Hablarle, averiguar qué le gustaba, qué no. Sintió, como nunca antes, la necesidad de estarle cerca. Tenía el pulso acelerado, su proximidad le había encendido los sentidos.

—¿Vamos?

Levantó la vista. Luz había terminado su clase al mismo tiempo y la buscaba para ir a la parada juntas.

—Sí, sí...

—¿Estás bien? Tenés cara rara.

—Sí. Estoy bien. No pasa nada.

En el 42 se sentaron lado a lado en el asiento de atrás. Los auriculares no salieron de la mochila de Ana.

Esa noche no pudo quitarse al muchacho de rulos de la cabeza, tampoco quiso. La había saludado de una manera tan... natural. Con una soltura que la había desarmado.

Le habían gustado un par de chicos durante su secundaria, pero todos más grandes, que ni la registraban. Los había elegido cuidadosamente: inalcanzables. Trajes perfectos para rellenar con sus ilusiones, con todos los dones que podía pedir en un compañero ideal. Los había pensado día y noche, les había escrito cartas, poemas. Había imaginado tantas situaciones compartidas con ellos que habían quedado en su recuerdo como relaciones reales, aunque ninguna se había concretado. ¿Acaso los grandes amores no viven principalmente en la cabeza? También se había enamorado de incontables personajes de libros. Como la mayoría de las cosas, todo lo que sabía del amor lo había aprendido imaginando.

En su pobre, casi nulo, historial romántico, había besado a dos chicos: la primera vez fue en un cumpleaños al que la habían invitado de casualidad. Cursaba primer año y él era el primo de su compañera. Vivía en Chile y le pareció perfecto para experimentar cómo era eso de besar sin dejar rastros. Juntaron sus bocas cuando nadie veía y, a decir verdad, la sensación que predominó fue la de extrañeza. Cuando él intentó cruzar su lengua hacia la suya, se separó, con un poco de asco.

La segunda experiencia no fue superadora: en cuarto año Jerónimo, de la otra división, se ofreció a acompañarla a la casa. Al llegar, anticipando sus intenciones, Ana se dijo que iba a besarlo. Le parecía tierno y pensó que ya era hora de avanzar. Una vez en la puerta del edificio, Jero le habló como veinte minutos de temas inconexos, hasta que pareció juntar coraje y se inclinó hacia ella. Recordaba la suavidad de sus labios y el gusto de su saliva. Esta vez no le dio asco, pero supo que no quería repetirlo, al menos no con él. Solía darle vergüenza y risa recordar que le había dicho “gracias” después del beso y había huido cerrándole la puerta en la cara.

Y allí estaba ahora, otra vez, proyectando cien mil situaciones en las que el chico de rulos se acercaba, la buscaba, le hablaba, la invitaba a salir. La llevaba de la mano hasta un rincón del aula y la besaba con pasión, con esa boca hermosa y ella recorría su nuca, su pelo...

En algún momento, de viaje por Europa con él, se quedó dormida. Si había algo que la hacía feliz, era encontrar un traje nuevo para rellenar con sueños.

—Ana, no me olvides.

Se incorporó de un salto en la cama. Estaba transpirada. Se pasó la mano por la frente y encendió la luz.

Respiró e intentó volver al aquí y ahora. Vio los peces plateados colgando del riel de la cortina, su mochila sobre la silla. Los cuadernos en el escritorio. La realidad que la tomaba del tobillo y la empujaba hacia la superficie.

Había escuchado la voz de Lolo como si estuviera ahí. A veces soñaba con él. Eran sueños lindos y dolorosos. Volvía a verlo un rato, pero cada vez que despertaba, la ausencia había crecido.

Se había convencido de que cuando la visitaba en sueños era un poco cierto, que algo de él llegaba desde algún lugar a saludarla.

Tomó un anotador que tenía en el cajón de la mesita de luz y escribió, todavía un poco dormida:

*Así como no puedo
olvidar
mis manos ni mi boca,
como no olvido
mis ojos ni mis piernas,
no te olvido a vos
que sos
tan parte de mí
como
mi tristeza.*

—¿No ibas a salir hoy? —Su mamá sonaba preocupada.

—Iba.

—¿Qué pasó?

—Nada, no tengo ganas. —El sueño de Lolo había permanecido con ella todo el día, se le había pegado a la piel como una sanguijuela, drenando la energía, borrándole la alegría de su nuevo *crush*.

—¿No tenés ganas de qué? ¿De salir, de ver a tus amigos o las dos cosas? —María se esforzaba por entender.

—De salir, ma. No tengo ganas —quiso minimizar el tema, si de algo no tenía ganas era de hablar con su mamá de eso.

—Pero, ¿adónde iban?

Hizo un esfuerzo enorme para no revolear los ojos. Tomó aire, y respondió:

—A ver a la banda de Facu. Ya fue. Voy la próxima.

María la miró con desaprobación.

—Ana, tenés que tratar de...

—¿Tengo que tratar de qué, mamá? —interrumpió, irritada—. ¿De estar bien? ¿De estar feliz, de estar contenta? —las preguntas eran balas cargadas de ironía—. ¿Y vos qué? ¿Por qué no tratás vos de estar feliz?

Por un momento María se quedó quieta, recalculando. No vio venir esa embestida. Luego, buscando las palabras, balbuceó:

—Yo ya no...

—¿Vos ya no qué? —continuó Ana—. ¿Ya no vas a poder ser feliz nunca? ¿Es eso? ¿Entonces por qué pensás que yo sí? ¿Por qué esperás de mí cosas que vos no podés hacer?

Los labios de su mamá se abrieron ligeramente. Se quedó quieta, sin saber qué hacer o qué decir. No había visto nunca a su hija reaccionar así.

—A ver, ¿yo tengo que intentar que ya no duela? —Ana no medía sus impulsos—. Decime vos cómo se hace... porque yo no sé. No sé cómo hacer para que ya no duela. Para no extrañarlo todo el tiempo... Para no repetir en la cabeza todo lo que pasamos...

—Ana... no te digo que...

—¿Cómo se hace para dejar de tener miedo? ¿Me explicás?

María negaba levemente, sin reaccionar.

—Porque yo vivo con miedo. Miedo de olvidarlo, de levantarme un día y no acordarme de su voz, ni de su cara, ni de las cosas que vivimos juntos. —Respiró hondo para no ahogarse—. De no llegar a tener nunca una vida normal... De eso tengo miedo, mamá. —La voz se le quebró. Hizo una pausa, y con el último rastro de coraje, agregó—: De que te pase algo, también.

Su mamá apretó los labios con un gesto rígido. Si el momento la había dejado sin palabras, ese último comentario había sido la estocada final.

—¿A mí? —titubeó—. ¿Qué me puede pasar a mí?

—Mamá, no estás. —Ana hablaba ahora con abatimiento. Le daba pereza explicar lo obvio—. Estás pero no estás... Y vivís trayendo cosas de la calle...

María se estremeció con vergüenza.

—A veces pienso que no estás bien... ¿Entendés? —le dijo Ana, ahora como si le estuviera hablando a una nena—. Que ya es grave... Me pregunto si no debería buscar ayuda... No sé... No sé si esto es normal, si no... ¿Sabés lo que siento? —se había envalentonado de nuevo. Todo lo que tenía guardado empujaba para salir—. Que no puedo con mi vida, y que tengo que estar preocupándome por la tuya, y que encima nunca estás conforme con nada de lo que hago o digo... Soy así, mamá. ¿Qué voy a hacer? —de pronto los sentimientos se agolpaban uno a uno al otro lado de la garganta y se liberaban, desordenados, confusos y filosos—. ¿Y sabés qué más me pasa?

María parecía no poder escuchar nada más. Sus lágrimas caían formando ríos que se juntaban en su barbilla. Sin embargo, Ana siguió:

—Me pasa que siento que no perdí solo a mi hermano. Te perdí también a vos. Porque no hacés más que estar en tu mundo de materiales rotos y recriminarme cosas todo el día.

Silencio. María miró a Ana con ojos extraviados. A esa hija espigada que como un junco se había mantenido firme en medio de la tormenta. Cuánto había crecido. Sola. La había dejado sola. Por primera vez daba un paso fuera de su dolor para ver a su hija.

—Ana... —Las dos lloraban—. Ana, hija...

María se levantó y la abrazó. Ella no reaccionó. Se había endurecido, lo notaba. Estaba dolida, enojada. Con la vida, con su madre. Con todo.

—¿No te das cuenta, mamá? —Se separó para enfrentarla. Nunca había podido ponerle palabras a sus sentimientos con tanta claridad—. Que esté sana no significa que no te necesite.

La sensación de quiebre, como si junto a aquella frase hubieran sonado los acordes finales de una sinfonía, la obligó a retirarse a su cuarto. Puso algunas cosas en la mochila y salió a la calle sin decir nada. María intentó retenerla, pero no lo logró.

Barriéndose el llanto con las mangas de la campera de jean, caminó con prisa. De pronto el futuro la miraba con intriga. No sabía qué iba a hacer, pero la noche era de ella, y sus palabras, y su destino.

Luz gritó de alegría cuando tocaron el timbre y la voz de Ana se anunció. La emoción se le borró al verla: las manos en los bolsillos, la capucha puesta, los ojos hinchados.

—Pasá —la invitó—, nos estamos preparando para salir.

Le frotó la espalda con complicidad y no preguntó nada. Sabía que Ana era reservada y que no necesitaba otra cosa más que estar ahí.

Tan pronto entró a la casa, se arrepintió de haber ido. Había demasiada gente. Toda la banda de Facu, más algunos amigos. Les probaban ropa, algunos los maquillaban. Estaban en plena producción para el recital.

—Bienvenida al detrás de escena —murmuró Luz con un poco de ironía al advertir su cara.

—¡Ey, Ana! ¡Qué bueno que viniste! —la saludó Facu, que en ese momento era perseguido por una chica con un spray de pelo en la mano.

—¡Me quiere batir el pelo! ¡Tan ochentas!

—¡Dejala, Facu! —lo retó Luz, mientras le ponía a Ana un vaso de cerveza en la mano.

Ella no dijo nada. Se ubicó en un rincón y tomó, aprovechando ese loquero para no pensar, que era justamente lo que más quería.

Cuando decidieron salir para el bar se sentía un poco mareada. El viaje en taxi le revolvió el estómago. Cuando llegaron, otra banda estaba tocando y todo parecía una película asordinaada. Pasaba gente, la empujaban, las luces intermitentes le hacían difícil ver dónde pisaba.

—¡No te pierdas! —le gritó Luz—. ¿Qué tomás?

—Nada, nada... Ya estoy... —alguien le puso una latita en la mano.

Se dio cuenta de que el alcohol la relajaba, de modo que siguió tomando lo que fuera que le acercaran. Aunque no sabía las letras de las canciones, tarareaba las melodías y se movía al ritmo de la música. Cuando quiso darse cuenta, bailaba, bailaba, bailaba. En el centro del tumulto, rozando su cuerpo contra otros, desconocidos, transpirados. Por un segundo le pareció ver al chico de rulos gracias a un pantallazo de luz en medio de la multitud, pero luego la imagen se desvaneció.

La euforia le hacía latir el corazón. Se sentía viva. Se rio como loca, saltando, abrazada a Luz, que la miraba y se reía también. Estallaron cuando la banda de Facu subió al escenario.

—¡Aguante Maldito Velcro! —gritaron.

Y Facu las saludó detrás del bajo, con su pelo batido.

Hacia la mitad del quinto tema sintió que se iba descomponer. Corrió, se llevó puestas a unas

cuantas personas en el camino pero logró llegar al cubículo del baño justo a tiempo.

Estuvo ahí, sintiéndose terrible un buen rato hasta que apareció Luz y le golpeó la puerta.

—¿Ana? ¿Estás ahí?

—Mh hm... —respondió desde el piso.

—¿Puedo?

La puerta se abrió.

—¿Te sentís muy mal?

Ana dijo que sí con la cabeza y sintió que iba a vomitar de nuevo. Luz le sostuvo el pelo.

—Perdoná —masculló al levantarse—. Perdoname —y se largó a llorar.

Luz contuvo la risa.

—No te preocupes, amiga, estás un poquito borracha.

Ana lloraba desconsoladamente.

—No-no quería... no quería que me vieras...

—No te preocupes. No pasa nada. Hoy por tí, mañana por mí —bromeó.

—Me siento muy mal...

—Estás para atrás. Voy a pedir un taxi.

Ana pareció recuperar la sensatez un instante.

—No quiero ir a mi casa.

—¿Te peleaste con tu vieja?

Asintió.

—Vamos a la mía, no hay drama —respondió Luz con una naturalidad que la tranquilizó.

—Pero no terminaron de tocar... —De pronto se sintió culpable.

—No te preocupes, van a hacer más fechas —Luz le hizo una caricia en la cabeza.

—¿Seguro? —En un impulso, Ana la abrazó con afecto desmedido.

—En serio, cero drama. —Su amiga le devolvió el abrazo.

Salieron sin detenerse a saludar a nadie. Luz le mandó un mensaje a Facu para que lo viera al terminar de tocar y no se preocupara.

El aire frío le pegó en la cara como una cachetada. Ya en el auto, Ana se quedó completamente dormida. A duras penas pudo cruzar la puerta de entrada y, así como llegó, se desplomó sobre el sillón de Luz.

Abrió levemente los ojos. Una silueta estaba recostada a su lado en una casa extraña. Le llevó unos segundos registrar que era Luz, que estaban en su living. Ella dormía.

Sintió la lengua áspera y una incomodidad generalizada en el cuerpo. Fue hasta el baño, se demoró unos minutos observando los círculos morados alrededor de sus ojos. Recordó lo sucedido en el bar y se le estrujó el estómago de vergüenza.

¡Noc, noc!

El corazón le saltó a la garganta.

—¿Todo bien? —Era su amiga, al otro lado.

Ana abrió.

—Sí... ¿qué hora es?

—Como las tres y media.

—¿De la tarde?

—¿Seguís en pedo? De la madrugada.

Soltó una risita.

—Vení, vamos a la cocina.

Luz puso agua a hervir y preparó unos té con limón, que sirvió en dos tazas diferentes. Una blanca y la otra azul con una leyenda que decía: “Haz más de lo que te haga feliz”.

—Esto te va a hacer bien —le aseguró.

Ana tomó la infusión de a sorbos. Tenía revuelta la panza.

—Qué desastre... —murmuró, y al cabo de unos segundos se echó a reír.

—Te cayó muy mal la cerveza, hermana —le dijo Luz, bromeando.

—No tomo más. —Se desplomó sobre la mesa.

—¡Jua! Te quiero ver la próxima, cuando te hayas olvidado de lo mal que te sentís ahora.

—Decime que no hice nada demasiado terrible —le suplicó, levantando la cara con expresión de pánico.

—No, no, nada. Solo yo te vi cuando huiste al baño y por suerte nos fuimos antes de que hicieras nada bochornoso. Eso sí, todos preguntaron por la piba buena onda que bailaba sacada en medio de la pista. Nunca pensé que te iba a gustar ser el centro de la fiesta.

Ana ocultó el rostro entre las manos.

—¡Qué papelón! —se reía y lamentaba al mismo tiempo.

—¡Nada de papelón! Estuviste divertida. Te juro, nadie vio la salida accidentada.

Ana se restregó un ojo y bostezó. Sonriendo, miró a Luz con amor.

—Gracias —dijo—. Por todo. Sos una amiga increíble.

Luz le devolvió la sonrisa y, un poco torpe, puso las tazas a lavar.

—Vamos a dormir, dale. No doy más.

Subieron a su cuarto. La dueña de casa le prestó una remera enorme de los Sex Pistols y cayeron rendidas, una al lado de la otra, hasta la mañana siguiente.

Amaneció sintiéndose un poco mejor. Luz no estaba en el cuarto. Escuchó movimientos en el piso de abajo, así que supuso que ya estaría levantada.

—Y hace su entrada... ¡Ana Dell'acqua! Viste una remera informal...

—Cortala —la interrumpió, divertida, cuando cruzó la puerta de la cocina—. ¿Te molesta si me doy un baño?

—Muchísimo —ironizó Luz—. ¡Estás en tu casa! Encontrás todo en el placard del pasillo. Si necesitás algo, me avisás.

Buscó unas toallas y se metió en la ducha. Qué bien le hizo el agua sobre el cuerpo. Mientras el shampoo hacía espuma en su cabeza, pensó en la discusión que había tenido con su mamá el día anterior y en todos los mensajes que no había abierto en su celular. Estaba consciente de que estaría preocupada; si no le respondía no era para hacerla sufrir, sino porque no podía. Simplemente no podía. Por primera vez había puesto en palabras una verdad muy enraizada en su corazón, y quería que todavía resonara entre su madre y ella. No quería agregar nada más por un tiempo.

Cuando salió, oliendo a jabón y con ánimo renovado, Luz la esperaba con un café con leche y tostadas.

—En serio, no sé cómo agradecerte —le dijo unos momentos más tarde, la boca llena.

—No es nada. Como te dije ayer, hoy por mí...

Ana sonrió.

Se quedó un rato ayudándola a pintar unas láminas y, luego de intercambiar mensajes con su papá, se levantó para irse.

—No te vayas... —le pidió Luz, los ojos redondos y brillantes. Había algo traslúcido y honesto en su mirada que la hacía extremadamente hermosa.

—Me tengo que ir. Gracias, en serio. Te escribo más tarde y vemos si el lunes vamos juntas a la facu, ¿te parece?

Estuvo de acuerdo. Le dio un beso de despedida y se perdió por las calles de Almagro, caminando con esa nueva libertad que se había vuelto como un perro compañero, amado y fiel a su costado.

—Hola.

—Hola, pasá.

Darío estaba cocinando. Arrojaba trozos de zanahoria y cebolla en una sartén.

—Pa...

—¿Te sentís bien? Tenés mala cara —advirtió, echándole una mirada mientras se limpiaba las manos contra el delantal.

—Sí, bah. Más o menos. Me duele mucho la cabeza.

—¿Tomaste algo?

“Me tomé todo”, pensó Ana, irónica.

—¿Algo como una aspirina? —se cercioró—. No...

—Sentate, vení. Quedate tranquila que en un rato va a estar la comida.

Le acercó una pastilla y un vaso con agua que ella tomó sin dudar.

—Pa...

—¿Sí? —El olor a los vegetales salteados los envolvió con una cálida sensación de hogar.

—¿Me puedo quedar unos días?

Darío abandonó el interés por el plato que estaba preparando.

—¿Unos días... bastantes, decís? —La miró con expresión curiosa.

—Sí... indefinidos —explicó ella, levantando los ojos al techo.

—Claro, Ana —respondió de inmediato—. Esta es tu casa tanto como la de tu mamá.

—Bueno. Genial. Gracias. —Sintió alivio.

—¿Te quedás, entonces?

—Sí.

—¿Pasó algo?

—...

—¿Discutiste con tu mamá?

—Un poco. No sé. No discutimos... Dije cosas... Nada. Me quiero quedar acá unos días, nada más.

Darío la observó, preocupado.

—¿Qué pasó, Ana? Vos no sos de pelear...

Ella se encogió de hombros, su cuerpo se achicó. Parecía querer encerrarse en sí misma, como una tortuga.

—Bueno, cuando quieras contarme, me contás, ¿okey?

Ana asintió de nuevo.

—¿Comemos?

—No tengo mucha hambre...

—Comé lo que quieras.

Darío

Ana está acá. Dice que se queda unos días.

1:37 P.M

María

Gracias por avisar...

1:41 P.M

Darío

Pasó algo?

1:41 P.M

María

No te contó?

1:42 P.M

Darío

No. No quiere hablar.

1:42 P.M

María

A quién saldrá...

1:44 P.M

Darío

Te parece? 😞 Nada más quería que no te preocuparas. Beso.

1:45 P.M

María

Tenés razón. Disculpá. Gracias de nuevo por avisarme.

1:47 P.M

María

Cuidala mucho.

1:59 P.M

*A veces me pregunto qué dirías
si vieras cómo quedó tu planeta
después de que te fuiste en tu nave espacial.
Te imagino sentado en la cocina mirándonos
con esos ojos enormes llenos de sueños.
¿Te los llevaste con vos? A los sueños, digo.
Si hay otra vida, ojalá puedas cumplirlos.
Ojalá me esperes.
Quiero que seas lo primero que vea cuando llegue.
Ese pensamiento me abraza: volver a verte.
Estar juntos de nuevo.
Los cuatro.
Los cuatro antes de la tristeza.*

Las clases que compartía con el chico de rulos se volvieron un espacio para la ensoñación, presagiando el aplazo.

Casi siempre se sentaba uno o dos bancos por delante de ella. Ana podía describir a la perfección los lunares que tenía en la base del cuello. Los había estudiado en detalle, como si escondieran el secreto del origen del mundo.

A él se le había vuelto algo habitual mirarla y sonreírle antes de ubicarse. Por el contrario, ella no había podido acostumbrarse a ese gesto y, cada vez que sus ojos se cruzaban, sentía que una entidad espástica y caprichosa la poseía. Le había devuelto muecas espantosas, risas inexplicables y hasta había escupido un poco de café con leche una vez que la sorprendió desayunando.

Era tan lindo, olía a bosque. Las remeras le marcaban los bíceps modestos pero firmes. Ana sentía impulsos de apretarlo, de probar su boca, de abrazarlo fuerte y recostarse juntos a escuchar su playlist favorita.

Para cuando la profesora se despedía, Ana tenía las mejillas rojas y el corazón acelerado de imaginar tanta vida juntos.

La velocidad aumentaba con cada empujón. El viento en la cara, los cabellos que bailaban descontrolados, las risas, siempre las risas.

—¡Despacio! ¡Por favor, despacio! —gritaba su mamá desde el banco.

Pero “despacio” era simplemente imposible. Las hamacas eran a todo o nada. ¿Qué gracia tenía el vaivén tranquilo? No, había que estar al límite, intentar quedarse paralelo al piso.

—¡Más alto! ¡Más alto! —gritaba Lolo, extasiado por la sensación del vuelo.

—¡Ana! ¡Lorenzo! ¡Basta! ¡Se van a lastimar! —María ya se levantaba para retarlos de cerca cuando, queriendo frenar, Lolo apoyó los pies de tal manera que se trabaron en la tierra y cayó hacia adelante.

Las risas se interrumpieron. Ana y su mamá corrieron a su lado.

—¿Estás bien?!

Lo ayudaron a voltearse para descubrir que estaba lleno de raspones y lastimaduras.

—¡TE DIJE QUE PARARAN! —El grito de María fue dirigido a Ana con tal desgarró que la paralizó.

—Estoy bien —soltó Lolo al fin, intentando ponerse de pie, un poco magullado.

—Mi amor, ¿dónde te duele? ¿Podés caminar? —Empezó a revisarlo de pies a cabeza, buscando algo roto, irreparable.

Ana se quedó mirando, la boca ligeramente abierta. Se sentía horrible, pero... ¿qué podría haber hecho? ¿Era su culpa?

—Vamos. —María cargó a su hijo hasta la casa.

Las tres cuerdas que los separaban del parque se convirtieron en una caminata silenciosa, teñida de miedo y culpa.

Tan pronto llegaron, su mamá metió en la ducha a Lolo y, cuando estuvo seco, curó sus heridas.

Mientras tanto, Ana daba vueltas por el living sin saber qué hacer. Se acercó a la ventana y observó el movimiento de la gente que iba y venía por la vereda, con el caer de la tarde.

Estaba oscuro cuando el sonido de las llaves la sacó de su estado.

—¡Hola! ¡Llegué! —Era su papá, que volvía del trabajo.

Se perdió en el pasillo que daba a las habitaciones. El corazón de Ana volvió a

estrujarse, pensando en que su mamá le contaría lo sucedido y...

—¿Ana? —La voz de Darío reapareció, cercana, unos minutos después. No era de enojo.

Ella abandonó su escondite detrás de la cortina.

—¿Qué hacés acá, a oscuras?

Levantó los hombros. Con el accionar del interruptor, la lámpara iluminó los espacios y de pronto nada se sintió tan dramático.

—Vení —le pidió él, sentándose en el sillón, dando golpecitos con la mano para que se sentara a su lado.

Ella accedió, todavía temerosa. Pero él le inspiró confianza.

—¿Anduvieron haciendo lío en el parque?

Ana asintió, seria.

—¿Te asustaste?

No se había dado cuenta hasta que su papá lo mencionó, pero sí, estaba aterrada. Rompió en llanto.

—Lolo está bien, fue solo un golpe, nada más —le aseguró, y la abrazó fuerte, intentando calmarla—. Ya, ya. No pasó nada.

Pero ella lloraba, en ese hueco amoroso en el pecho de su papá, lloraba sin saberlo el otro miedo, el que yacía en las capas más internas, el que habitaba la casa desde hacía tiempo, el que crecía por las noches en las que Lolo tosía. Ese miedo había hecho nido y se negaba a irse, sembrando semillas que brotarían a lo largo de su vida, incluso mucho después de que se hubiera hecho realidad.

—Me voy a dormir —dijo Facu, y le revolvió el pelo a Ana camino a la escalera.

La casa de Luz había quedado libre una vez más, y allí estaban acampando los tres, rodeados de maquetas y bocetos. Faltaba poco para las entregas de mitad del segundo cuatrimestre.

Para relajarse un poco, después de cenar miraron *Mamma Mía*. Facu se quedó dormido a la mitad y, cuando abrió un ojo y vio los títulos del final, juntó la fuerza que pudo y se trasladó a la cama de la habitación de arriba. Las chicas se quedaron sentadas en el sillón, iluminadas por la pantalla que mostraba el menú de Netflix.

—No me canso, posta. No me canso de verla —Luz parecía haber entrado en éxtasis.

—Está buena —aceptó Ana.

—¿BUENA? —se indignó—. Es GENIAL.

Ana revoleó los ojos.

—¿Qué?

—Nada... Tampoco es para tanto. Prefiero las de *Antes del amanecer*. Las podría ver mil veces.

—Ah... no. No entendés nada. No se pueden comparar, directamente. —Hizo una pausa, parecía nerviosa—. No te metas con *Mamma Mía*, eh.

Se rieron. De pronto Ana se sintió rara y no supo por qué.

—Mirá que si no me bancás con *Mamma Mía*...

Luz hablaba con un tono distinto.

—...¿qué? —quiso saber Ana.

Silencio incómodo.

—...nada.

Ana la miró con extrañeza. Lo que siguió después lo vivió como si la hubieran puesto en pausa y estuviera mirando una película desde afuera.

Luz se acercó despacio, dejó caer la frente sobre su hombro. Respiró. Levantó la vista con una expresión desoladora y tierna. Pareció detenerse un segundo, juntar coraje, para luego, con extrema dulzura, apoyar sus labios en los de ella. Se quedó allí un segundo. Su boca se sintió suave. Ana no se movió ni un milímetro. Permaneció inmóvil hasta que su amiga se apartó.

—No, ¿no? —murmuró Luz, bajando la mirada. Ana arqueó las cejas con angustia—. Pensé que capaz... —continuó, balbuceando—. Pero no, ahora me doy cuenta de que no... —Comenzó a rascarse la cabeza, nerviosa—. ¿Estás bien? Yo... disculpame... Pensé que...

Dos lágrimas gordas se asomaron en los ojos de Ana.

—No, amiga, por favor no llores... Me hacés sentir mal... No quería que... —Luz no sabía cómo remediar la situación.

Una tras otra, las lágrimas cayeron y, de un momento a otro, Ana lloraba con angustia.

—Por favor... perdoname. No quise hacerte sentir mal, en serio...

Ana negó enérgicamente, sin dejar de llorar.

—¿No qué? ¿No qué? —pocas veces Luz se había sentido tan mal.

—Que-que esta-taba todo bien... Y... ahora... no... no quiero... Ya tengo demasiado con todo...

—¿No querés qué? ¿Demasiado con qué?

—No quiero que-que dejemos de... ser amigas... Y mi mamá, y mi hermano... —Se deshacía en lágrimas.

—¡Pero no! ¡Yo tampoco! ¡Te juro! Podemos ser amigas igual... si yo... nada, flasheé que capaz estaba todo bien, pero ¡mala mía! Ana, no llores, por favor...

—Es-es que... por primera ve-vez... tenía una amiga...

—¡Tenés! ¡Tenés una amiga! Olvidate. Esto nunca pasó. Nunca. Ya está. Ya fue. Yo ya me olvidé.

—Yo-yo no... ¿solo porque querías salir conmigo... te acercaste?

—No, no. No imagines cualquiera. Me propuse ser tu amiga porque me llamaste la atención, nada más. Te vi dibujando esa primera clase y dije: “¡Guau! ¡Qué piba interesante!”, y justo coincidíamos en el colectivo, y te hablé... pero nada que ver, no es que si no salimos, fue.

—Te-te gusté...

—Bueno, un poco. Pero no tiene nada que ver, porque después nos hicimos amigas y... —se le llenaron los ojos de lágrimas también—, no pasa nada, no vamos a dejar de serlo. Eso es lo más importante para mí. No te quiero perder. Nunca. Vamos a ser amigas para siempre, ¿entendés? Y pará de llorar porque me largo a llorar yo.

—No llores vos también...

Luz comenzó a llorar.

—Basta.

—Basta vos.

Se rieron. Lloraban y reían en proporciones iguales.

—Sos una tarada.

Ana se calmó. Luz pareció tranquilizarse también. Pasado un momento, preguntó con amor:

—Amiga, ¿qué pasó con tu mamá? ¿Y con tu hermano? No sabía que... tenías uno. Contame si querés, si tenés ganas...

Ana miró a Luz a los ojos y le dijo lo que nunca había podido compartir con nadie:

—Mi hermano se murió.

El hospital olía feo. Su corazón pequeño latía con ansiedad, miedo y entusiasmo. Había pasado la noche en lo de su abuela porque sus papás se habían ido a recibir al hermanito. Ese que había estado creciendo en la panza de su mamá desde hacía tiempo, el que había sentido en patadas, al que le hablaba y le daba besos desde el otro lado del mundo. ¿Cómo sería? ¿Cómo había salido de ahí adentro? ¿Querría jugar con ella?

Apretaba la mano de su papá con fuerza.

—¿Y, Ana? ¿Preparada para conocer a tu hermanito?

Las puertas del ascensor se abrieron. Había muchas habitaciones a los costados de un pasillo largo. De sus puertas colgaban carteles con animales, cintas y letras.

—Sofía, Santiago... —le leía su papá—. Manuel... Y, por fin... Lorenzo.

Darío entornó la puerta y dijo:

—Buenas, buenas...

Cuando terminó el corredor que sucedía a la entrada, la niña de cuatro años se enfrentó a su mamá, sentada sobre una cama rara. A los costados había cables y aparatos. “¿Dónde está?”, pensó. Hasta que se dio cuenta de que, envuelto en una manta, entre los brazos de María, algo se movía.

—Vení, preciosa —le dijo su papá—. Así lo ves bien.

La levantó y la sentó junto a ellos.

—Hola, mi vida —María le dio un beso en la frente, emocionada—. ¿Viste? Es muy hermoso, ¿no?

Los ojos de Ana estaban inmensos, fijos en ese bebé diminuto, mucho más pequeño de lo que había imaginado.

—Pero... no podemos jugar... —fue lo primero que dijo, desilusionada.

—No, mi amor —le explicó su mamá—, todavía es muy chiquito. Tiene que crecer un poco.

—¿Lo puedo tener a upa?

Darío y María intercambiaron miradas.

—Vení, primero lavate las manos. —Su papá la acompañó al baño, la asistió y se lavó él también—. Ahora sentate acá en el sillón, bien atrás, así. —Se dirigió a la cama y tomó a Lolo—. Ahora, con mucho cuidado... —Se lo colocó de tal manera que quedó

sujeto por su abrazo, con la cola de pañal apoyada en donde se juntaban sus piernas.

Ana estaba dura, no sabía muy bien qué sentir. Se dedicó a observarle la cara en detalle. Tenía pelo. Pensó que así, con pelo y todo, había estado adentro de su mamá. Qué raro le resultaba eso. No hacía nada ese hermanito. Ni siquiera abría los ojos. Hasta que, muy despacio, los abrió. Y se miraron. Y Lolo abrió la boca y bostezó, estirando los bracitos hacia ella. Con un dedo mínimo le rozó la cara e inmediatamente ella miró a sus papás maravillada, como queriendo corroborar que lo habían visto.

—¡Me tocó! —aulló Anita.

—Sí, mi amor, lo vimos. —María se reía y lloraba.

Darío le agarraba la mano y se reía también.

—Te hizo un mimo —le dijo su papá.

—¡Sí! —quiso creer también.

Entonces, con mucho cuidado, con su dedo índice le recorrió la piel suave de la mejilla, devolviendo el gesto. Ese momento quedó grabado para siempre en sus corazones, así como también la frase que Ana dijo inmediatamente después.

Luz hizo las preguntas justas y dejó que Ana hablara. Contrario a lo que había esperado, la imagen de su hermano no se desdibujó al compartirla, sino que pareció hacerse presente, reinventarse, en ese nuevo retrato que le pintaba a su amiga.

—Lolo era gracioso... Siempre estaba inventando cosas para hacerme reír.

Y Luz disfrutó cada recuerdo compartido, y sintió que el vínculo que trenzaban se volvía fuerte, resistente, perdurable. Un pacto se forjaba entre murmullos, mientras intercambiaban emociones que ampliaban las fronteras de sus corazones, entendiendo nuevas perspectivas de situaciones alegres y terribles. Ensanchando el universo de la otra.

—Me hubiera encantado conocerlo —dijo Luz, tras una pausa.

—Y a mí me hubiera encantado que te conociera.

Se abrazaron. No dijeron más. Estaban agotadas, del estudio, de la noche, de tantas sensaciones.

Subieron los peldaños sintiendo el ánimo leve. Un zorzal cantó minutos después, solista en el patio donde el jazmín se regalaba en perfume. Ya dormían, los tres. Facu en un colchón sobre el piso. Ana y Luz, lado a lado, buscando como cachorros la cercanía de las almas afines.

Al despertar y revisar el teléfono, Ana se encontró con un mensaje de su mamá.

Ma

Hola. Cómo va todo? Querés ir a merendar? Te extraño

9:12 A.M

Hiji

Hola, recién nos despertamos. Dale, sí

11:13 A.M

Ma

Genial. Querés ir a Margarita?

11:14 A.M

Hiji

Ok

11:14 A.M

Ma

Buenísimo. Nos vemos ahí a las 5. Te quiero

11:15 A.M

Hiji

Yo a vos

11:16 A.M

—¿Te vas a encontrar con tu mamá? —Luz daba vuelta las hamburguesas de lentejas en la plancha.

—Sí —admitió Ana, mientras cortaba unas hojas de lechuga.

—¿Hace cuánto que no la ves?

—Pasé a buscar algunas cosas hace unos días. No mucho.

—¿Y?

—Bien, qué sé yo.

—¿Te dan ganas de volver?

—A veces... Igual con mi papá todo bien.

—¿Pero...?

—No sé. Extraño mi cuarto.

—¿Solo tu cuarto?

—Y a mi mamá, obvio —confesó al fin—. Pero así como estaba no podíamos seguir...

—¿Pensás que te va a decir algo?

—No sé. —Levantó los hombros, no quería hacerse ilusiones—. El otro día me pareció que estaba todo un poco más ordenado. Pero no me dijo nada. Me di cuenta de que quería decirme algo pero... no.

—Bueno, ojalá se arreglen. —Luz sacó la comida del fuego y comenzó a disponer los platos sobre la mesa pequeña en la cocina. De pronto pareció tomar coraje, enfrentó a Ana y le dijo—: Y conmigo, está todo bien, ¿no?

—Eh... sí, sí —respondió, esquivando.

—No, Ana. No quiero que lo que pasó anoche nos haga sentir incómodas. Si es así, por favor lo hablamos, ¿dale?

—Dale, sí. Y... no, no estoy incómoda.

—¿Seguro? Porque posta, te juro que no cambia nada.

—Seguro. —Acomodó los cubiertos al costado de los platos—. Además, es como que después de eso terminamos hablando, y me hizo bien...

—A mí también. Gracias por contarme. —Le extendió la mano de manera graciosa, como para cerrar el trato con un apretón—. ¿Amigas?

—Amigas —aceptó.

—¿Para siempre? —Luz le sonrió de manera pícaro.

—Para siempre. —Ana la empujó, jugando, y fueron a buscar a Facu para sentarse a almorzar.

Margarita era un café que quedaba a cinco cuadras del departamento donde vivía con su mamá. Tenía un mostrador lleno de cosas ricas: croissants, budines con glaseado, alfajores de coco y dulce de leche y carrot cake, que era la favorita de las dos.

Cuando llegó, María estaba sentada junto a la ventana. El ambiente era claro, las paredes tenían ladrillos a la vista, pintados de blanco. Y en cada mesa había flores fucsias en vasitos de vidrio.

—Hola, ma —la saludó con un beso y se sentó.

—Hola... qué lindo que pudimos combinar.

La camarera se acercó con una porción de carrot cake y dos cafés con leche.

—Gracias... —murmuró Ana—. Ya sabías que me iba a pedir esto.

—Por supuesto.

Se dio cuenta de que su mamá estaba nerviosa cuando tomó un sobre de edulcorante con dedos temblorosos.

—Ma, yo... —No sabía muy bien qué decir, le daba pena verla incómoda.

—No, no, Ana. No tenés que decir nada. Soy yo la que necesita hablarte. Pedirte algo, de hecho.

—¿Qué?

—Disculpas, hija. Te quiero pedir disculpas. —Bajó la vista, afectada—. Porque tenés razón, en todo lo que me dijiste. No sabés lo que me dolió y me duele.

—Yo no...

—Ya sé, Ana. Sé que no querés que me duela. Pero está bien, está perfecto. Necesitaba algo así para... despabilarme un poco.

Ana estaba sorprendida. En verdad veía algo distinto en su mamá.

—Empecé terapia —le confesó—. Hace unas semanas. Me está haciendo bien.

—Qué bueno, ma.

—Sí. —Le dio un sorbo al café con leche—. Me está ayudando a ordenarme. Y a ordenar lo nuestro. ¿Sabés qué me propuso? Me encantó. Y era lo que quería contarte.

—¿Qué, ma?

—Que use todas las porquerías que llevé al departamento para hacer arte. Como Berni, ¿te acordás?

—Sí, Juanito.

—Juanito, exacto. Pero yo voy a hacer esculturas.

Ana se quedó en silencio. No sabía muy bien cómo procesar la información.

—No te asustes. Estoy empezando, de a poco. Y no sabés las cosas que estoy haciendo. Pero lo más importante...

Ana vio en sus gestos una chispa que casi no recordaba.

—...es que estoy *haciendo*. Y me levanto pensando en qué unir con qué. Y en qué forma darle al proyecto en el que trabajo ese día... Ana, estoy con ganas de hacer cosas, ¿entendés? Hacía tanto que... —Los ojos se le humedecieron—. Y es gracias a lo que me dijiste. Sos muy sabia, hija. Muy.

Ana bajó la vista. Muchos sentimientos se agolpaban en su pecho pero todavía no quería darles rienda suelta. Le daba miedo sentirlos, ilusionarse, y que luego no fuera así, que todo continuara igual.

—Y entiendo lo que te molesta. Por eso quiero ser una mamá mejor, para vos. Quiero estar mejor, para vos. Porque te merecés una mamá entera. Porque ni vos ni yo tuvimos la culpa de lo que nos pasó.

Se miraron. Sus ojos en espejo —tan parecidos— reflejaron el interior cargado de momentos que las dos guardaban, dolorosos e intransferibles, tan profundos que no necesitaron decir nada. Sus manos se buscaron sobre la mesa.

—Bueno, bueno, ataquemos la torta, que no es para que nos pongamos tristes —alentó María, para cambiar el ánimo—. Yo no te quiero presionar, pero solo te digo que te extraño y que, cuando quieras, me gustaría tenerte en casa. Aunque sea unos días. Cuando puedas...

Ana se llevó un bocado de torta a la boca.

—Dale, ma. Esta semana voy a dormir un día. ¿Te parece?

—Me encantaría. Está buenísima, ¿no?

—Increíble.

En cuestión de segundos no había más en el plato.

—¿Otra? —sugirió María.

—La respuesta siempre es sí.

Ana miró por la ventana. Una pareja mayor cruzaba la calle. Un chico joven paseaba un bulldog francés y hablaba por celular, mientras dos adolescentes vestidas como personajes de manga entraban a una librería. Tenía una contradicción latente. Todo el tiempo. De sentirse parte de todo y a la vez sola, única e inentendible.

—¿Me contás más de tus amigos? ¿Qué hicieron anoche?

El recuerdo de los labios de su amiga en los de ella le generó un breve estremecimiento. No iba a contarle eso a su mamá. La charla que sobrevino, tampoco. Formaban ya parte de situaciones que atesoraba solo para ella. En un cajón especial de la memoria. Junto a las vividas con su hermano.

—Miramos *Mamma mía* —le dijo—. ¿La viste? Está muy buena.

*Mi corazón-pep nada
en un mar confuso.
A veces sueña que se asoma,
el sol calienta
sus bordes escamosos
y en la claridad halla
otro igual a él
para saltar las olas
de esta incertidumbre
juntos.*

—Te gusta el de rulitos.

La afirmación en boca de Luz la tomó por sorpresa.

—¿Qué?

—Que te gusta el de rulitos, te vi. Te vi cómo lo mirás.

Se quedó muda. No esperaba ese comentario.

—Está todo bien, si te gusta. Está bueno, supongo —no había reproche en su tono, por el contrario, sonaba entretenida.

No pudo evitar sonrojarse.

—No te pongás así, es lo más lógico, que te guste alguien. A mí me gustabas vos, pero bueno...

Ana negó con la cabeza. Salía de la clase que compartía con “Rulos” ese cuatrimestre. Luz la había ido a buscar como de costumbre.

—No me gusta que hagas esos chistes.

—No son chistes, es la verdad. ¿Y? ¿Qué vamos a hacer?

—¿Con qué?

—Con Rulos. ¿Qué vamos a hacer?

—Lucha, te lo pido por favor... —la cara de Ana se había desfigurado.

—¿Qué? ¿Pensás amarlo en silencio? Tengo noticias para vos: ya no se usa eso. Hay que encarar. Hay que ir al frente.

—Basta. No.

—Dale, loca. Hay vida al otro lado de tu cascarón. No es conmigo, bueno, me la banco...

—¿La cortás?

—Pero quiero que, si alguien te gusta, le des una chance a eso, ¿entendés? Porque está buenísimo. —Luz tenía una mirada soñadora.

—¿Hay algo que me quieras contar? —le preguntó Ana, perceptiva.

—Por ahora no... solo te adelanto que tengo un nuevo *crush*. No lo quiero quemar.

—¿Quemar? Tenés diez segundos para contarme...

—Tal vez, si te portás bien, te adelanto algo en el colectivo.

Ana la tomó del brazo, bajaban las escaleras rumbo a la salida.

—¿Qué te hacés la misteriosa? Largá. Dale.

—Bueno. Solo un dato... se llama Mica...

Hacia el final de la semana cumplió lo que le había prometido a su mamá: quedarse un día a dormir. Tan pronto abrió la puerta del departamento, notó el cambio.

El caos había sido ordenado en sectores, aquí y allá. Varios elementos habían sido desechados y ya no olía a desarmadero. En un rincón del living, sobre una banqueta alta, se destacaba una pila de latas rodeadas de herramientas. A su costado había una tabla que usaba de escritorio.

—¿Me vas a contar qué es lo que estás haciendo? —preguntó Ana, saltando internamente de alegría.

—Mirá, vení. —Su mamá la tomó de la mano, entusiasmada.

Los materiales, transformados en complejas esculturas, tenían forma de faros; otras, de barcos... Piezas con óxido, latas abolladas, maderas roídas ahora eran obras bellas sobre el tablón sostenido por caballetes que las exhibía.

—Te tengo que contar esto que me tiene ilusionada...

El cambio no solo era del departamento.

—Hablé con una galería... —confesó María, como si fuera una travesura.

—¿En serio, ma? ¡Qué bueno!

—En serio.

—¡¿Y?!

—Me dijeron que presente una carpeta.

—¿Con qué?

—Con fotos, un texto conceptual, mi currículum —su cara transmitió preocupación.

—¿Necesitás ayuda?

—Te iba a pedir. Me da mucho vértigo todo eso...

—Pero no, es fácil. ¿Querés que empecemos por las fotos?

—Me encantaría, vos viste que soy medio negada.

Ana iba a buscar su celular cuando tuvo una idea.

—Luz tiene una cámara profesional, ¿querés que le pregunte si no tiene drama y te las saca?

María observó a su hija con tanto amor que por un segundo se le borró lo triste en la mirada.

—Hola.

Tardó varios segundos en procesar lo que estaba sucediendo. Rulos la estaba saludando.

—¿Todo bien? —insistió, cuando vio que ella se había congelado.

Haciendo un gran esfuerzo, asintió. Tenía miedo de que toda su cara estuviera prendida fuego.

Él sonrió. Dios. Tenía esa sonrisa que... El corazón le latía a cien. A mil, a un millón de revoluciones.

“Me gustás. Me gustás. Me gustás.”, era lo único que reproducía su cabeza. Estaba hecha una idiota. Si ella era inteligente... ¿por qué se ponía así cuando él se le acercaba? ¿Dónde estaba su cerebro ahora?

—Siempre llega tarde esta profesora... —le dijo él, fingiendo indignación—. ¿El parcial es la clase que viene?

—¿El parcial? —De pronto parecía que le hablaba en otra lengua.

—Sí...

—Sí, sí. Creo que sí.

Ana buscó en la agenda del celular. Las manos le temblaban, le sudaban. Quería llorar. Quería correr. Quería irse. Rápido. Huir. Salir disparada al espacio exterior.

Estaba viendo el mes equivocado, nunca le costó tanto dar con una fecha.

—Es el viernes —confirmó cuando la encontró por fin.

—Perfecto. Si nos va bien, podemos celebrar —respondió él, con una naturalidad que solo podía lograrse con ensayo.

—¿Eh? —Ana pareció entrar en cortocircuito.

La incertidumbre. Los oídos le zumbaban. ¿Había escuchado bien?

—Si nos va bien, digo... Y si no, también —se echó a reír, encantador—. Te estoy invitando a salir —le aclaró.

Ana asintió con la expresión con la que pasta un buey.

—Nunca vi tanto entusiasmo —comentó, un poco desorientado, cuando ella no reaccionaba.

—Eh... No... no...

—Si no querés, está todo bien, tampoco es para que sufras... —lo decía en chiste, con una desenvoltura que ocultaba sus propios miedos.

Ana no sabía cómo hacer para que su cuerpo y su voz accionaran acorde a lo que sentía. Por favor, ¿cómo hacía para decirle que era lo que más deseaba desde que se había puesto a

memorizar los lunares de su cuello?

—Me... me... —¿Se había convertido en oveja, ahora?—. Me va, sí. Sí, dale. Dale.

—Bueno, quedamos así. Después del parcial, vamos a... no sé, ¿comer algo?

Rulos desplegó su sonrisa arrolladora y se le hicieron dos hoyitos a los costados de la boca. Ana creyó que se moría. No podía sentir tantas cosas al mismo tiempo. Algo adentro estaba latiendo y corría el riesgo de explotar. No podía pensar. Se quedó así, atontada, mientras la profesora entraba y daba una clase de la que no escuchó una sola palabra. Iba a reprobar esa materia gracias a él. Lo sabía. Pero qué lindo. No le importaba nada.

—Hasta el viernes que viene, entonces —la saludó, cuando la profesora se fue—. Y estudiá mucho.

—Chau —le dijo ella, levantando la mano y soltó un suspiro de alivio, pensando que al fin iba a poder respirar. Necesitaba estar sola y gritar en silencio.

Con horror vio que volvía.

—No me dijiste cómo te llamás —le reprochó.

—Ah, Ana.

—Pedro.

Él le extendió la mano de manera graciosa. Ella lo miró. ¿Tenía la mano transpirada? Un poco. Estaba fría, eso sí. Se obligó a moverla. La acercó a la de él y enseguida estaban en contacto.

—Estás helada...

Le frotó la mano con las suyas. Ana no movió ni un músculo. Se sentía uno de esos animales que había visto en los documentales, que ante el miedo se quedan paralizados y se hacen los muertos.

—Nos vemos —saludó otra vez y, ahora sí, se hizo uno con la marea de alumnos.

Perdió la noción de lo que sucedía. ¿Realmente la había invitado a salir o estaba alucinando? ¿Esas cosas sucedían en la vida real? ¿Que alguien que te gustara tanto te dijera que quería ir a comer con vos? Le pareció maravilloso e inquietante al mismo tiempo. Quizás algunas cosas que deseaba sí podían hacerse realidad. ¿Podía permitirse estar contenta? Esta última pregunta resonó varios minutos en su corazón. Cuando se puso de pie, susurró:

—No sé.

El departamento era un revuelo.

—Me encantan —comentó Luz.

—¿En serio? —La mamá de Ana volvía a mirar sus creaciones desde los ojos de otros.

—En serio, son épicas.

—Qué bueno... gracias. Yo estoy muy insegura... hace mucho que no hacía nada... Y todo me genera duda. Gracias por tomarte el trabajo de sacar las fotos... me dan una mano bárbara. Son unos divinos. Vos y Facu. Les hice un bizcochuelo...

—Excelente —celebró él, que se ocupaba de ir poniendo las obras de tal manera que les diera una buena luz y que tuvieran un fondo interesante.

—¿Puedo tomar el café? —reclamó Luz.

Ana reaccionó. Hacía minutos que lo tenía en la mano y no se lo daba.

—Ah, sí.

—¿Qué te pasa hoy? Estás rara. Más rara que de costumbre —se divirtió.

Ana la miró con miedo.

—Apa, me estás asustando —Luz se puso alerta—. ¿Qué pasó?

—Te pido por favor que no digas ni hagas nada, que no quiero que mi mamá se entere.

—¿Qué hiciste?

—No, nada. Nada. Es que... —susurró—. Creo que me invitó a salir...

—¿Quién?

—Pedro...

—¿Pedro?

—Rulos.

—¿¡RULOS TE IN...?!

Ana la golpeó.

—¿Rulos te invitó a salir? —preguntó, ahora sí, en voz baja.

Ella asintió.

—¿¿¿Cuándo??? Me muero.

—¿Te parece poner este mantel de fondo? —Facu le consultó a Luz.

—Sí, sí —respondió ella, sin siquiera voltearse.

—El viernes que viene, después del parcial —explicó Ana.

—Es genial... —reconoció Luz—. Porque no es como una primera cita... A ver... es más

relajado. Hacen algo después de la clase... la pensó bien el flaco.

—¿Vos decís que no se quiere comer el garrón de salir conmigo a la noche y pasarla mal?

—No, no dije eso. Lo que digo es que eligió algo más relajado para hacer, así no estás nerviosa. Se debe haber dado cuenta de que... bueno...

—¿De qué? —Ana se estaba empezando a preocupar.

—Nada, dejá. Cualquier cosa que te diga la vas a tomar mal porque estás con todas las alarmas prendidas.

—Me quiero matar.

—¿Por qué?

—Porque no sé... No voy a saber qué hacer, qué decir...

—Ay, Ana, deberías estar contenta.

—No puedo.

—En algún momento vas a tener que poder. Porque nada de esto que me estás contando es malo. Al contrario: el chico que te gusta te invitó a salir. Ralajate y disfrutá, ¿querés?

—Yo quiero, yo quiero... —balbucéo, sintiendo que, aunque quisiera, a veces simplemente no podía.

La guirnalda de luces estaba encendida y la media luz los sumía en una atmósfera de intimidad. En el speaker sonaba *Because I liked a boy*.

Se quedaron en silencio casi lo que duró la canción, Facu sentado contra el respaldo, con una pila de almohadas a su espalda. Luz a su lado, las piernas colgando fuera del colchón y Ana con la cabeza en los pies de la cama, las manos enlazadas en la nuca.

—Este tema es para vos... —deslizó Facu, así como si nada.

Ana entrecerró los ojos con enojo fingido.

—Le contaste —le gruñó a su amiga.

—¡Te juro que no! —se defendió Luz.

—¿Contarme qué? —se alteró Facu.

—¿Por qué dijiste eso? —Ana no entendía.

—¿Lo de la canción? Porque te gusta el de rulos, lo sabemos todos —explicó como una obviedad—. ¿Qué pasó que yo no sé? ¡Cuenten, malas!

—¿Puedo? —preguntó Luz, con ojos suplicantes—. Te pisaste solita.

—Me da vergüenza... —Ana tomó un almohadón y se tapó la cara.

—¡¿Qué pasó por el amor de Taylor Swift!?

—Parece... —empezó Luz, graciosa—. Que alguien... tiene una CITA el viernes.

—¿¿¿¿QUÉ!!!??? —Facu enloqueció.

—¡¡¡Shh!!! —lo calló Ana—. No hagas escándalo, que no quiero que se entere mi mamá.

—¿Con RULOS? —Se obligó a decirlo en voz baja.

Ana asomó la cabeza y asintió.

Facu gestualizó un “me muero” exagerado.

—Bueno, basta. Ya —los atajó Ana, deshaciéndose del almohadón—. No sé, no me pongan nerviosa.

—Vamos a lo importante —interrumpió Facu, entusiasmado—. ¿Qué te vas a poner?

Se puso de pie como un resorte, encendió la luz —lo que hizo que las chicas parpadearan con disgusto—, y abrió el placar para comenzar a revolver.

—Tenemos una misión —aseguró, serio.

Sacó varias prendas y las fue arrojando sobre la cama.

—¿Tenemos que hacer esto ahora? —se quejó Ana, aunque le divertía.

—¡Por supuesto! Estamos en cuenta regresiva. No todos los días te invita a salir el chico que

te gusta.

—Eso es cierto —concordó Luz—. Yo te maquillo y el viernes te pintás igual. Te dejamos todo organizado así no te preocupás el mismo día.

Ana sonrió. Los amaba.

—La verdad es que me sirve...

Cambiaron la música a *Dynamite* de BTS y la noche de aquel domingo se transformó en un desfile en el que los tres se probaron todo el armario y terminaron maquillados, sacándose fotos con la polaroid que luego Ana pondría en una cuerditita, sostenidas por diminutos ganchos de madera sobre la pared.

*La vida es naufragio.
Somos partes de algo que fue roto, separados desde el comienzo,
nacemos en un mar de ausencias.
Nadando entre las aguas agitadas son los faros,
las sombras-ilusiones de los barcos, las que nos invitan a asomarnos, a mirar,
a encontrarle sentido al sinsentido.
Las obras de María Kass son bellas a partir de la reconstrucción de lo olvidado. Aquello que
fue excluido es devuelto a la vida en esculturas que nos llenan de nostalgia, de curiosidad, nos
recuerdan la inocencia de la infancia, en la que cualquier cosa podía transformarse en
maravilla.
Hay algo de desamparo en las construcciones solitarias que nos interpelan, pero también de
regreso, de esperanza. Tal vez la convicción de que nada se desecha para siempre, de que lo
viejo puede reinventarse
y los finales pueden ser también comienzos.*

—¿Qué te parece?

María miró a Ana como por primera vez. Se le puso la piel de gallina.

—No sabía que... que escribías así, hija.

—¿Pero te gusta? Me fijé en varios textos de catálogos en internet, como para tener idea de qué se espera...

—No solo me gusta... Me sorprende, me emociona... No me alcanzan las palabras para decirte la admiración y el orgullo que siento por vos en este momento.

Ana bajó la cabeza y sonrió. María comenzó a asentir con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Ahora sé adónde van las palabras que guardás.

Las letras en las consignas del parcial parecían ir de un lado a otro sin ningún tipo de coherencia. Sociedad y Estado, bueno, la recursaría. No iba a morirse por volver a dar una materia. En las demás le estaba yendo bien.

Rulos había llegado un poco tarde y se había sentado adelante. Le llamó la atención que ni se había fijado si ella estaba o no. ¿Se habría olvidado de la cita? Capaz lo había dicho así, al pasar, y ya no se acordaba. Y ella como una estúpida había estado preocupada toda la semana. No había pensado en otra cosa. Tuvo la ropa que habían elegido sobre la silla desde el lunes. Como habían acordado, tenía que ser algo lindo pero casual, que no se notara que estaba entusiasmada con la salida, pero que tampoco pareciera que no le importaba. Se habían decidido por una musculosa blanca y un saquito celeste, que se dejaría abierto. Sus jeans favoritos y las zapatillas blancas. Un collar con un gatito de plata y argollas en las orejas.

Pero Pedro no la había buscado con la mirada. Y eso la tuvo intranquila las dos horas, sin poder concentrarse. De pronto vio que él se levantaba y entregaba su hoja. ¿Y ahora qué? ¿Se iba? ¿Se iba y listo? Cuando volvió a su asiento a buscar la mochila, Ana pensó que el corazón iba a estallarle. Entonces sí, la buscó con sus ojos despiertos, color ámbar. Cuando la encontró, le dibujó con los labios un “te espero afuera”. Ella asintió, intentando sonreír a pesar de los nervios. Dejó pasar unos minutos, mirando su hoja en blanco, y entregó.

—¡Ey! —la llamó desde atrás.

—Hola...

—¿Cómo te fue?

Ana se encogió de hombros.

—¿No muy bien?

—No sé, veré. ¿A vos?

—Creo que bien... ¿vamos?

—¿Adónde?

—Pensé que podíamos caminar un poco y ver si encontramos algún lugar para sentarnos frente al río, ¿te parece?

Ana estuvo de acuerdo. No podía dejar de registrar que se le estaban encendiendo las mejillas. Había perdido el control sobre la mayoría de sus emociones, y eso la tenía molesta.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

Octubre todavía estaba fresco pero el sol hacía que la caminata se volviera agradable. Vieron una cafetería llamada “Mundo barista”, entraron. El lugar tenía todas las paredes preparadas como pizarrones negros. Parecía recién inaugurado. Se pararon frente al mostrador que exhibía croissants, panes de chocolate, donas, y todo tipo de cosas deliciosas... Desde algún rincón se escucharon los primeros acordes de *Heather*, de Conan Gray y a Ana se le llenó el pecho con una sensación de bienestar desconocida. Quiso retener ese segundo en la memoria para siempre, sacarle una foto a ese momento. Pedro de espaldas, con su constelación de lunares aprendida, una canción que amaba, el olor a café, y el futuro al que, por un instante, no temió.

—¿Qué te gustaría? —indagó Pedro, volteándose con expresión curiosa.

Si había algo que le gustaba a Ana de él, además de *todo*, era que sus gestos eran tiernos, graciosos, transparentes. Su cara contaba cien historias por minuto y en sus ojos se proyectaba un mundo que no podía esperar a recorrer.

—Un café con leche —dijo—. Y uno de esos alfajores de coco... —señaló con el dedo.

—Gran elección —celebró él—. Creo que yo me voy a pedir lo mismo.

Se sonrieron. Era un poco tonto, pero la coincidencia la hizo pensar que estaban hechos el uno para el otro.

Mientras esperaban el pedido, un cartel llamó su atención.

**Se busca emplead@ que sepa dibujar.
Consultar en caja o enviar un mensaje al 110438832**

Disimuladamente, le tomó una foto con el teléfono.

—¿Te viene gustando la facu? —le preguntó él.

—¡Sí! —Lo afirmó con tanta convicción que se sorprendió a sí misma—. ¿A vos?

—Sí, claro. Odié el secundario. No veía la hora de que terminara.

—¿Pedro y Ana? —La empleada leyó los vasos de cartón.

A ella le dio felicidad escuchar sus nombres juntos. Los tomaron y salieron rumbo al río.

—A mí me pasó lo mismo —le confesó ella, un poco avergonzada.

—¿En serio?

Dijo que sí.

—¿Por qué?

—Decime vos primero. —Todavía no estaba preparada para hablar demasiado.

—Bueno... —sonrió—. Porque tenía muchas ganas de hacer lo que me gusta. La mayoría de las materias del secundario me parecían innecesarias.

—Sí, a mí me pasaba lo mismo. ¿Y qué es lo que te gusta?

—Dibujar...

Lo miró. Sabía que era ingenuo todo lo que estallaba en su interior, pero, ¿cómo frenarlo?

¿Cómo no sentirlo? Por primera vez no quería escapar de esa montaña rusa de emociones que la desconcertaba.

—¿Dibujar qué? —balbuceó.

—Me siento en un interrogatorio —bromeó él, encontrando un lugar sobre el pasto.

Ana rio y se sentó a su lado.

—Perdón, es que me resulta más fácil hacer preguntas que responderlas —se excusó.

—No te preocupes. A mí me gusta hablar, así que hacemos un buen dúo. —La codeó, de manera cómplice, y ese mínimo roce hizo que girara el mundo.

Pensó que volaba. ¿Estaba pasando de verdad? Ella y él, sentados, mirando el agua verdosa, bajo ese sol de octubre, charlando. Ni en sus sueños más locos la fantasía llegaba a ese grado de perfección.

—Me gusta dibujar personajes —le contó—. Mirá. —Sacó su celular y le mostró fotos de sus trabajos—. Estos son de hace unas semanas.

—Están geniales —admiró—. Tienen una onda Tim Burton.

Él se sorprendió. Clavó sus ojos en los de ella y Ana sintió que le atravesaba el alma.

—¿Te gusta Tim Burton? —preguntó, deslumbrado.

—Mucho.

—A mí también. Tim Burton y vos.

Pum, pum, pum. Ya no escuchaba nada. Él no dejaba de sonreírle. Parecía saber que estaba todo bien, que iba a estar todo bien. Lo envidiaba. Ella, por el contrario, estaba cada vez más tensa, más incómoda, más incrédula. ¿Qué traería de malo todo eso tan maravilloso?

—¿Vos escribís? —disparó él.

Ahora era Ana la sorprendida.

—Eh... sí... ¿cómo...?

—Hace tiempo que la estudio, señorita... —aseguró Pedro, con un tono impostado, como de detective de película. Largó una carcajada—. Re *stalker*. No, bah —por primera vez lo vio nervioso—. A ver... Me llamaste la atención desde la primera clase que te vi...

La misma en la que ella se fijó en él. No podía creer lo que escuchaba.

—...y te veo... que a veces escribís en los márgenes de la hoja. Y siempre me dan ganas de espiar lo que escribís.

—Ah... Qué se yo. Nada. Pensamientos...

—¿Puedo leer alguno alguna vez? Yo te mostré mis dibujos...

—Alguna vez...

Observaron el río. Ana comenzó a relajarse. La conversación fluía, había algo de destino en ese encuentro. En algún momento los dos se descalzaron y estiraron las piernas. No supo cómo pero de pronto sus pies desnudos estaban en contacto. Fue lo más excitante que había sentido en su vida. Todo su cuerpo y su mente estaban en ese punto de contacto, disfrutándolo, deseando

que se extendiera al resto de su piel.

De pronto giraron las cabezas y se quedaron así, mirándose las bocas. Su mente se silenció. Cerró los ojos y sintió la respiración que se acercaba. Pedro detuvo sus labios a milímetros de los de ella.

Se encontraron como estrellas, como mundos que colisionan y se expanden. Las bocas abriéndose, intercambiando el pequeño universo de las lenguas, contándose en besos las ganas que tenían de pertenecerse. Y los brazos que se alargaron, las manos sobre las remeras, las mejillas, los jeans contra los jeans. Esos rulos que había querido explorar, enredándose ahora en sus nudillos. Y la felicidad, la risa. La magia de crear recuerdos para visitar toda la vida.

Finalmente se abrazaron, agotados de sentir tanto al mismo tiempo.

—Me gustás mucho —le susurró él al oído.

Y ella pensó que iba a llorar. Pero se contuvo. Y una niebla de tristeza le cruzó el corazón, tan permeable de repente.

—¿Estás bien? —le preguntó él, reconociendo algo borroso en su mirada.

—Sí.

Pero algo se había robado la inconsciencia del momento, y de pronto se puso demasiado alerta y se sentó.

Él la imitó, se ubicó detrás y la rodeó con sus brazos. Eso pareció contener la ola de pensamientos y advertencias que había inundado su cabeza. Estuvieron así un rato largo, conversando, dejando que los veleros ocasionales determinaran el curso de sus pupilas.

Hasta que una nueva alarma se disparó, y Ana sintió que era hora de volver.

—¿Vamos? —dijo, un poco seca, y se puso de pie.

—Eh, sí, sí. Ya me duele todo —bromeó él—. ¿Todo bien?

Ella lo miró. Supuso que lo hizo sentirse incómodo y quiso remediarlo.

—Sí —le aseguró y, como subiéndose a la escalera de todos sus miedos, se puso en puntas de pie y le dio un beso dulce y sostenido.

Cuando se separó, Pedro tenía los ojos cerrados y sonreía.

—Creo que puedo acostumbrarme a esto —canturreó él, agarrándole la mano cuando emprendieron el camino rumbo a la parada.

Esos dedos enlazados con los suyos dieron origen a una alegría nueva. Una felicidad que resonaba en notas que no había escuchado nunca y que le daban unas ganas increíbles de entregarse a la melodía sin pensar.

Después de dejar pasar varios colectivos, encontraron la manera de despedirse. Ana se llevó puesto uno de los escalones al subir y se rieron. Lo vio hacerse pequeñito a medida que se alejaba y pensó en lo difícil que les había resultado separarse.

Ya en el asiento del fondo, con los auriculares puestos, vio los miles de mensajes de Luz preguntando cómo iba la salida. Con *Young and beautiful* de fondo, se puso a responder:

Luz

Ya se besarooooooooonnnnn? Respondemeeeeeee estoy preocupada

5.41 P.M.

Ana

jajaja Recién me fui

6.55 P.M.

Luz

What??????? Estuvieron todo este tiempo juntossss. Hiperventilo.
CONTAME TODOOOOOO

6.56 P.M.

Ana

Lo pasamos increíble... jajaja

6.56 P.M.

Luz

Dejá de reírte y decime qué pasoooo

6.57 P.M.

Ana

Bueno... salimos del parcial y fuimos para el río...

6.57 P.M.

Luz

Qué tenía puesto?

6.58 P.M.

Ana

jajaja vos y la ropa. 😏 Un jean y una camisa...

6.58 P.M.

Luz

Blanca?

6.58 P.M.

Ana

Qué importa????

6.59 P.M.

Luz

Es un dato fundamental

6.59 P.M.

Ana

Celeste, con unos dibujitos azules, no sé... como flores de lis.

7.00 P.M.

Luz

Aprobado. Qué más?

7.00 P.M.

Ana

Zapatillas...

7.00 P.M.

Luz

Noooooooo. Qué más hicieron?

7.01 P.M.

Ana

Ah. jaja. Comimos frente al río. Y hablamos...

7.01 P.M.

Luz

De qué?

7.01 P.M.

Ana

No sé, de todo. Le gusta dibujar.

7.02 P.M.

Luz

Dato de color. Vamos a lo importante. Te tiró onda, algo?

7.02 P.M.

Ana

Dijo que hacíamos un buen dúo...

7.03 P.M.

Luz

<3

7.03 P.M.

Ana

Y que le gustaba Tim Burton... y YO

7.03 P.M.

Luz

<3 <3 <3 MUEROOOOOOOOOOOOOOOOO

7.03 P.M.

Ana

jajaja estoy... no sé... ME ENCANTAAAA.

7.03 P.M.

Luz

Ayyyy Qué lindoooooooooooooooo. YYYYYYYYYY????????? Avanzó???
Chaparon?

7.04 P.M.

Ana

Nos besamos  

7.04 P.M.

Luz

AHHHHHHHHHHHHH!!!!!!! Lindos besos???

7.04 P.M.

Ana

Re

7.04 P.M.

Luz

Necesito que me cuentes todoooooooo

7.05 P.M.

Ana

Sí, mañana nos juntamos. No puedo creer que pasé toda la tarde con él...
Ay, para que me entró un mensaje

7.05 P.M.

Luz

De él???????????????? Qué diceeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee

7.05 P.M.

Ana

jaja dice que lo pasó re lindo <3

7.06 P.M.

7.06 P.M.

7.06 P.M.

7.07 P.M.

7.07 P.M.

7.08 P.M.

7.08 P.M.

7.08 P.M.

7.08 P.M.

No registró nada del camino de la parada hasta el departamento. Su cabeza estaba en otro lado. En las manos de Pedro, en sus besos. En las cosquillas que sentía en la panza.

—Tengo novedades —disparó su mamá tan pronto atravesó la puerta.

—¿Qué pasó? —se asustó.

—Me respondieron de la galería, que tienen un hueco a fines de noviembre...

Ana gritó de emoción y se abrazaron, y dieron saltitos por el living.

—¡Eso es impresionante, ma!

—¡Sí! Me dijeron que les interesó mucho la propuesta, y que tiene mucho potencial...

—¡Vamos!

—Sí, no lo puedo creer. Seguro fue por el texto hermoso que escribiste...

—Es por tus obras, ma. Que son bellas. En serio.

—Por todo, porque está lleno de capas profundas y significativas este proyecto.

—Sí...

—Pensé que podíamos celebrar...

—¡Dale!

Se miraron. Pareció como si de pronto la tristeza les hubiera lanzado una flecha a las dos al mismo tiempo. María comenzó a negar con la cabeza.

—No, Ana. No nos vamos a poner tristes. Vamos a celebrar, porque es algo lindo, porque nos están pasando cosas lindas. Y porque tenemos derecho a estar felices y hacer algo para festejarlo.

Ana asintió.

—Así que cuando estés lista, nos vamos a comer a algún lugar que nos guste mucho.

—¿Al mejicano?

El mejicano era un restorán que quedaba a unas pocas cuadras y tenía una comida alucinante.

—Me parece fantástico. Nos cambiamos y salimos, ¿te parece? ¿Cómo te fue en el parcial? ¿Te quedaste con Luz después?

—Eh... —Ana se debatió si contarle a su mamá lo de Pedro—. Me fue más o menos. Veremos...

—Bueno, no te preocupes. No tenés ningún apuro en terminar la carrera, Anita de mi corazón. Tomate tu tiempo y disfrutá, que es lo que importa.

Esquivó el tema y se metió en la ducha. Todavía quería guardarse esa emoción para ella. Mientras se enjuagaba el shampoo, se dio cuenta de que la sonrisa no se le borraba. Todo había

salido mejor de lo que había soñado. Y la alegría de su mamá era un plus que no esperaba y que la hacía todavía más feliz, si eso era posible.

Ya en su cuarto, con el estómago lleno de quesadillas, burritos y nachos, se arrojó en la cama a escuchar *Skin*.

Había sido una cena distinta. Hacía tiempo que no pasaba un momento tan relajado con su mamá. Lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que nunca había pasado un momento así con ella. Estaba diferente. Estaban diferentes. Por primera vez advertía cambios. Las piezas se movían y llegaba lo imprevisto. Quería recibirlo con los brazos abiertos.

Los últimos minutos en el restorán había deseado regresar. No porque lo estuviera pasando mal, sino porque quería estar sola. Para recordar. Para volver a ver la película de esa tarde con Pedro en su cabeza. Cada diálogo, cada gesto. En un momento se la había quedado mirando y pensó que iba a ponerse a llorar. ¿Por qué? La sensibilizaba... Había podido hablarle sin medir las palabras. La hacía sentir en casa. Como si tuviera desde siempre la llave que abría la puerta a ese lugar que mantenía oculto a los demás.

Puso la música en pausa y tomó su cuaderno para escribir:

*Veo tus labios
pero ya no escucho.
Solo miro
el fondo tibio de tus ojos.
Me digo
que tengo que tomar
la mano que en el aire
dibuja el mapa de nuestro futuro.*

*Si tengo suerte
entenderás mi texto.*

A la mañana siguiente, tan pronto abrió los ojos, recordó que Pedro existía. Que habitaba el mismo mundo que ella. Y suspiró, feliz.

Pasó la tarde con Luz desde el mediodía. Almorzaron con su mamá y luego, encerradas en el cuarto, comentaron el segundo a segundo de la salida del día anterior. Estaban en eso cuando Pedro le escribió para preguntarle si quería que se encontraran a las siete en el Parque Rivadavia. Después de gritar como locas, ella respondió que sí.

Luz la ayudó a elegir qué ponerse para su segunda cita —esta vez sí la llamarían cita: un vestido negro con estampado de flores, campera de jean y borcegos—, y la acompañó unas cuadras hasta la avenida, donde se despidieron.

—Cuidate —le ordenó—. Y ni bien termines, sin importar la hora que sea, me escribís y me contás todo.

Se dieron un abrazo apretado, lleno de nervios, y cada una tomó un rumbo diferente.

Cuando llegó a la esquina del parque él caminaba a su encuentro. Qué hermoso era. Quería sonreír con dientes, con fuerza, hasta que le doliera la cara. Se preguntó cómo la saludaría. Se acercó y se quedó quieta.

—Hola —le dijo.

Él y su cara expresiva se volvieron todo sonrisa y, enmarcándole la cara con las manos, le dio un beso muy dulce.

—Hola. Tenía ganas de verte.

Sintió que se volvía de un material suave, maleable. Se sentaron en uno de los bancos.

—¿Estás bien?

—Sí —murmuró ella—. Muy bien.

—Te hice algo —Pedro sacó de la mochila un cuaderno y, del cuaderno, un papel.

Era un dibujo. Un personaje parecido a ella, con objetos alrededor. Papeles, lápices, pájaros. Estaba todo hecho con lápiz negro, menos su corazón. Su corazón era púrpura.

¿Cómo había podido captar su esencia en una imagen? El mar en su interior se revolvió, trayendo olas de emociones diversas. Sin decir palabra, sacó ella una hoja doblada del bolsillo de la campera. Se la entregó temblando. Pedro leyó:

*Te invito a mí.
Tal vez un secreto
aguarda entre mis manos.
Démosle batalla al desencanto.*

*Seamos una estrella en el cielo
de las relaciones vacías.
Amo levantarme y pensar
que el mundo es más hermoso
porque estás en él.*

Los ojos maduros llenos de expectativa, de ansiedad, de angustia. Se miraron y se reconocieron. Eran animales de la misma raza. Acercaron sus bocas, los labios se buscaron, las manos se hundieron en el pelo, la cara y esa sensación de estar vaciándose y llenándose al mismo tiempo y que no había fin ni principio, sino un todo que convergía en ese momento único.

Pedro había entrado en su vida con tanta naturalidad que parecía formar parte de ella desde siempre. Los últimos días de octubre se sucedían con rapidez. A medida que se acercaban las entregas y los parciales, las tardes de estudio en lo de Luz se habían vuelto sagradas.

—No nos vas a dar más bola ahora que estás de novia.

—No seas tonto, Facu —lo retó Ana—. Eso nunca. De hecho estaba pensando en que podíamos hacer algo juntos el finde, ¿les va?

—¿Salir los tres con él?

—Sí, si les divierte... A mí me gustaría que lo conozcan...

—Ah, mirá la cara de tonta que pone —se burló Luz—. Estás hasta las manos.

—Mal —aceptó.

—¿Y qué se te ocurre? —quiso saber Facu.

—No sé, vayamos a tomar algo...

—Hay un lugar con pool y ping pong por Almagro —sugirió Luz.

—Ah, sí, eso sería divertido —coincidió él.

—Me encanta —celebró Ana—. Le digo y les confirmo.

—¿Cuándo lo ves?

—Mañana, en la facu. Me espera después de Dibujo, que él tiene Matemática.

—Qué NOVIOS —canturreó Facu, provocador.

Ana revoleó los ojos.

—Bueno, si vos vas con Pedro... avisá —murmuró Luz, en un tono extraño, como tímida.

—Eh... sí, sí, obvio —respondió Ana, confundida.

—¿Y a vos qué te picó? —la apuró Facu.

—Nada, que capaz... yo vaya con alguien, también.

—¿¿¿PERDÓN??? —Parecía que los ojos de Facu iban a explotar.

—Basta, basta. No es nada. —Luz balbuceaba, nerviosa—. No la quiero quemar...

—Cortala con eso de quemar o no quemar, nena —la retó su amigo—. Te conviene que cuentes todo YA.

Luz los miró, pícara.

—Hace unos días que nos vemos con Mica, pero nada... ya les digo. Estamos tanteando qué onda.

—¿VOS ME ESTÁS CARGANDO? —Facu iba a tener un ataque—. ¿UNOS DÍAS Y NO

ME DIJISTE NADA?

—Bueno... unas horas.

—AHHHHHHHHHHH. Más te vale —pareció calmarse—. Quiero saberlo todo.

—¡Qué bueno, Luchita! —la abrazó Ana.

—No, no. Basta, en serio. Nada de celebrar.

Ana y Facu se quedaron serios, quietos.

—Así, así me gusta. —Luz se quedó callada.

Estallaron en una carcajada y Luz les contó que el día anterior había ido con Mica a tomar una cerveza y se habían besado. Y que había sido el beso más tierno y lindo y sexy de la historia.

—Ahora me dan ganas de conocer a alguien —comentó Facu, abrazado a un almohadón.

—Tenés setecientas personas que te ponen fueguitos en las fotos del IG, nene —le reprochó Luz—. Ponete las pilas y activá.

Bajaba las escaleras cuando lo vio. Estaba parado contra un poste, usando su celular. Se detuvo unos segundos en el escalón. Quería observarlo. Quería registrar cómo la hacía sentir. Le vibraban las puntas de los dedos. El cuerpo, la mirada. Todo su ser quería saltar. Y esa angustia. Angustia de no saber si iba a resistir tanta alegría, si él sentía lo mismo, si iba a querer recibir todo lo que tenía para darle. Porque lo quería querer. Quería pasar tiempo con él, hablar de cosas. Quería compartir los viajes, las caminatas, las películas, la música. Quería besarlo todo. De los pies al alma.

Poros y Penía. Le había quedado eso del secundario. Lo aprendió en Historia. Y últimamente ese mito no dejaba de rondarle en la cabeza. Poros, la abundancia. Penía, la miseria. Durante el casamiento de Afrodita, Penía irrumpía en el banquete para reclamar las sobras y seducía a Poros. Se unían en el jardín y de ese encuentro nacía Eros, el amor.

Ana comprendió al fin, parada en ese escalón de la FADU, la metáfora encerrada en aquella historia. El amor era eso: el todo y la nada. La abundancia y la pobreza. Sentirse en el pico más alto y al instante derrumbarse ante la sola idea de perderlo. El hueco en el alma que quedaba expuesto al pensarlo.

Entonces Pedro la vio, levantó la mano y la saludó.

¿Cuántas cosas podía sentir al mismo tiempo? El corazón saltó. Nunca había estado tan deseoso de salir al mundo y chocarse con todo. Ya no estaba intacto. ¿Y Lolo? Hacía días que no lo pensaba. Un pinchazo puso en pausa el mecanismo.

—¿Vamos a casa? —preguntó él.

—Bueno...

Desde el cielo una nube enorme dibujó una sombra sobre el césped.

—Tengo miedo.

—No pasa nada, Lolito. En unos días vamos a estar de nuevo en casa.

Él hablaba con dificultad a través de la máscara de oxígeno. La verdad era que Ana también tenía miedo. Un miedo enorme, incontrolable, oculto tras el barbijo. Su hermano había entrado al hospital hacía días y no mejoraba... por el contrario. Una bacteria, le había escuchado decir a su mamá. Una bacteria agresiva, que con el asma de Lolo, y la falta de defensas...

—Te van a medicar, y vas a ponerte bien. Vas a ver.

—No puedo respirar...

—¿Querés que llame al médico? —Ana se levantó.

Lolo negó con la cabeza y la agarró de la mano.

—No te vayas.

Su mamá había ido a buscar un café. Ella era grande, pero no. No para eso. Para eso nunca sería lo suficientemente grande.

—No me voy, hermanito. No te voy a dejar nunca, ¿sabés?

Él la miró. Sus ojos de animé sonreían a pesar de todo. Le apretó la mano fuerte, como cuando surfeaban las olas, cuando recorrían el espacio en los cohetes de ensueño, cuando corrían por el bosque en busca de tesoros.

—No me sueltes, enano —pidió Ana.

Pero Lolo empezó a toser. Y se ahogaba. Y no podía respirar. Y Ana gritó y llegaron las enfermeras, los médicos y su mamá. Y ella tampoco podía respirar, porque las lágrimas y la tristeza la ahogaban como a su hermanito. “¡No se lo lleven! ¡No se lo lleven!”, aulló, pero se lo llevaron, y una enfermera la abrazó para intentar tranquilizarla, pero todo era horrible y doloroso, y hubiera querido volver a estar debajo del escritorio, con Lolo y la linterna, contando el botín de los juguetes.

Unas horas más tarde estaba en el pasillo cuando sus papás volvieron de terapia. Sus ojos estaban huecos. Sus corazones, vacíos. Los tres aterrizaban en un mundo desconocido en donde ya no sabían nada. Un mundo sordo, de heridas incontables, intransferibles, mudas. Un mundo que no hubieran querido habitar nunca. Un mundo donde Lolo ya no estaba.

Algo se había apagado. No sabía por qué. Como si alguien le hubiera bajado el interruptor de la alegría. Por las noches volvían las imágenes de los últimos días de Lolo y la tristeza se acurrucaba a su lado. Pedro lo notaba, pero a sus preguntas respondía que todo estaba bien, que ya se le iba a pasar.

Actuaba en modo automático. Aunque no tenía ganas de nada, llegó el sábado y la salida que habían organizado. Los primeros en entrar al galpón fueron ella y Pedro. Se asombraron de las dimensiones del lugar y la cantidad de juegos que tenía. A los pocos minutos llegó Facu; Mica y Luz no tardaron en aparecer. Se saludaron con confianza y buscaron durante un rato largo una mesa entre el bullicio y las risas.

Mica era desenvuelta y se integró perfectamente, al igual que Pedro. Los cinco se sintieron cómodos de inmediato.

Ya sentados, Facu les contó de su banda y los invitó a su próxima presentación, que sería en diciembre.

—Son buenísimos —declaró Luz.

—¿Buscamos unas fichas para el pool? —sugirió Mica.

—Dale, compremos las primeras nosotros que somos los nuevos y tenemos que pagar el derecho de piso —bromeó Pedro.

Se levantaron y fueron hacia la caja.

—¿Estás bien? —Luz disparó cuando se quedaron los tres solos.

—Sí, no sé que me pasa. Estoy con la cabeza en otra parte —reconoció Ana.

—Se nota —estuvo de acuerdo Facu—. Pero, ¿te pasó algo con Pedro? ¿Se pelearon?

—No, no. Nada que ver. Soy yo, que me siento rara.

—¿Es por...? —quiso plantear Luz.

—¿Compramos algo de comer? —irrumpió Mica, que apareció de pronto y le dio un beso de sorpresa.

—Eh, dale, sí —le respondió.

—Unos nachos, unos pochoclos... —propuso Facu—. Ahora dividimos.

Mica se fue dando saltitos.

—Prefiero no hablar acá —explicó Ana, y sus amigos entendieron.

Facu le acarició el hombro con afecto. Tan pronto volvió Pedro, cambiaron de tema.

—Compramos para hacer campeonato de pool. Vamos a tener que ir rotando, porque somos

impares...

Ana lo miró. Le admiraba lo extrovertido que era, lo fácil que encontraba navegar por la vida. A veces a ella se le hacía todo tan difícil. Le había costado tanto juntar la energía para estar ahí. Estaba triste. Triste. Triste. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Estás bien? —La misma pregunta una y otra y otra vez. Esta vez en boca de Pedro.
Asintió.

Mica regresó y rodeó a Luz con los brazos. Se veían felices. Se alegró por su amiga. Pensó que hacía unos días ella se sentía igual. ¿Qué había pasado?

Una camarera puso varios vasos de cerveza sobre la mesa, nachos con queso y pochoclos. Brindaron, en el bar sonaba *Rock and Roll all nite* de Kiss y Luz se puso a cantar a los gritos. Ana advirtió que su ánimo mejoraba de a poco.

—¿Quiénes juegan? —Se levantó Facu.

—Juguemos todos, si quieren hacemos grupos mezclados —propuso Luz.

—Dale —estuvo de acuerdo Pedro—. Hagamos “novatos” contra “los trillizos fantásticos”.

A Mica le resultó divertido.

—¡Me encanta!

Buscaron los tacos en la pared. Los sacaron y los estudiaron como si fueran profesionales del billar para luego elegir el que usaría cada equipo.

—Yo armo —ofreció Luz.

Organizó las bolas en el triángulo de inicio y colocó la blanca.

—¿Quién abre?

—Yo —se envalentonó Facu.

Ana los observó. Parecía una coreografía estudiada. Tuvo una sensación de *deja vu*. ¿Por qué tenía esa capacidad de abstraerse y mirar lo que pasaba desde afuera? Siempre estaba con un pie en ese mundo y un pie en el otro.

Lo que siguió, lo vivió como en cámara lenta. Pedro tomó un puñado de pochoclos. Facu se inclinó sobre la mesa, haciendo como si hubiera jugado al pool desde la cuna. Midió distancias, fingió secarse el sudor, y realizó su tiro.

La blanca salió disparada como un proyectil. El paño de la mesa se rasgó y la bola fue a parar a una mesa vecina tirando un par de vasos y mojando a los clientes.

—¡Jaaaa! —Luz estalló.

Facu salió corriendo a disculparse, y Mica y Pedro se miraron tentados de la risa.

Entonces Pedro empezó a toser. Tosió, y se puso colorado. Las risas se disiparon y no paraba. Se señalaba la garganta. Ana estaba quieta. Inmóvil.

—¡Se ahoga! —gritó Luz, y empezó a darle golpes en la espalda.

La música se cortó. La gente se levantó de los asientos. Un mozo de unos cuarenta años se acercó rápidamente, rodeó a Pedro con los brazos por detrás y le apretó el estómago con fuerza.

Una masa de pochoclos salió de su boca y poco a poco volvió a respirar, hasta que los colores de su cara volvieron a la normalidad.

—Ay, ¡nos hiciste asustar, Pedrito! —le dijo Luz, aliviada.

—¿Estás bien? —se acercó Facu.

—Sí, sí —Pedro respiraba como si el aire fuera algo novedoso—. Gracias —le dijo al hombre que lo asistió.

—De nada, pibe. Cuidate.

La música volvió a sonar y la gente regresó a lo que estaba haciendo y por unos segundos, ocupados en asistir a Pedro, nadie registró lo que pasaba con Ana.

Las miradas se posaron en ella. Tenía la piel transparente, como si toda su sangre hubiera corrido a esconderse. Los ojos enormes, brillantes. La expresión de alguien frente a una aparición.

—Amiga... —Luz corrió a su lado, cayendo en la cuenta—. No pasó nada, tranquila.

—Ana... —Pedro le tomó la mano, estaba helada—. ¡Estoy bien!

—Se asustó... —le comentó Luz, como si ella no pudiera escucharlos.

—Me atoré, nada más. No fue para tanto... —Pedro no entendía.

Entonces ella los miró como si de pronto no los conociera y, sin que pudieran hacer nada, empezó a temblar.

—Me tengo que ir —balbuceó.

Fue más rápida que ellos. Tomó la campera de jean y corrió rumbo a la salida. Pedro y Luz intentaron alcanzarla, pero cuando cruzaron las puertas, ya se estaba subiendo a un taxi.

—¿¿Qué le pasa?! —Pedro no terminaba de entender.

—Dejala —susurró Luz—. Se asustó, nada más. Dale tiempo.

Facu y Mica se les sumaron.

—¿Qué pasó? —Mica tampoco comprendía.

—Nada... —Luz intentaba ordenar sus pensamientos—. Me voy para la casa, ¿sí? ¿Ustedes se quedan?

—Te acompaño —dijo Pedro.

Ella lo miró.

—Perdón, Pedrito, pero creo que va a ser mejor que vaya sola. Te prometo que después te escribo. ¿Me dejás tu celu?

—Eh... bueno, si vos decís... —Así lo hizo, no muy convencido.

—¿Voy con vos? —Mica tampoco sabía muy bien qué hacer.

—Prefiero que no. No te enojés, pero es un “código amiga”.

—Lo entiendo, obvio.

Se besaron.

—Gracias.

Paró el primer taxi que pasó por la avenida. Al alejarse notó que las miradas de sus amigos no se despegaban del auto hasta que dobló la esquina.

*Un rayo de sol
parece intruso.
¿Dónde fue tu amor?
Desde la ventana
el mundo sigue.
Me detuve a besar tu risa
guardada en mi memoria.
Extraño el lugar
que ocupabas en mí.*

Se sucedieron días de abrazos de Luz, de té con mamá, de mensajes de Pedro sin responder.

Sabía que su silencio no estaba bien, que debía decirle algo. Pero no podía. Abrir su corazón en ese momento le resultaba tan imposible como respirar bajo el agua.

—Amiga, yo te voy a acompañar siempre —le dijo un día Luz—. Pero, ¿no creés que es hora de buscar ayuda?

Tan simples, esas palabras la sacudieron con la fuerza de un sismo.

—Hola, Ana —la saludó la terapeuta que había recomendado la psicóloga de su mamá, unas semanas más tarde—. ¿Cómo estás?

Al otro lado, hundida en un sillón azul, Ana comenzó a llorar su dolor acumulado por años.

El gran día había llegado: las obras ya aguardaban en la galería y el departamento parecía otro.

—Estás re linda, ma.

María llevaba un vestido verde esmeralda, con motivos mejicanos. Se había puesto unos aros de alpaca con aguamarinas y un collar haciendo juego.

—Vos también, hija —le aseguró, acomodándole el pelo.

La abrazó por el hombro. Ambas echaron un vistazo alrededor. La luz del mediodía resaltaba el living despojado.

—Me vas a tener que ayudar a redecorar —observó su mamá, divertida.

Pensar que poco tiempo atrás reinaba el caos. Habían sabido convertir las ruinas en belleza, y ahora era tiempo de compartir esa transformación con otros. Se vaciaban para comenzar algo nuevo. ¿Qué? No tenían forma de saberlo. Allí residía el misterio maravilloso de la vida.

La galería estaba atestada. Entre los invitados a la inauguración se destacaban Facu, Luz y Mica, abriéndose paso hacia ella.

—Me encantan las obras de tu mamá —comentó la última, comiendo uno de los bocaditos del cocktail.

—Gracias, sí —le sonrió Ana—. Gracias por venir...

—¿Quién te eligió el *outfit*? —quiso saber Facu.

—Adiviná —lo retó, girando sobre sí misma para alardear su pantalón negro y ancho y su remera corta a rayas.

—¿Empieza con Lu y termina con zzzzz? —bromeó él.

Ella asintió. Estaba contenta, pero algo le molestaba, como si tuviera una piedra en el zapato.

—¿Cómo te andás sintiendo? —quiso saber él.

Iba a contarle cuando vio que alguien inesperado atravesaba la puerta.

—¡Papi!

Corrió a abrazarlo. Darío se sorprendió de lo efusiva que estaba siendo. Se detuvieron en ese abrazo un poco más de lo normal. Darío sonreía cuando se separaron.

—¡Viniste! —celebró Ana.

—¿Viste? —Había sido una decisión de la que no se arrepentía.

—Hola —María lo fue a saludar con naturalidad. Le tomó las manos afectuosamente y dijo—: Gracias por venir.

—Es una alegría. Gracias por invitarme. —Por un segundo intercambiaron una mirada cargada de emociones y significados, comprensible solo para ellos. Era increíble cómo el amor y la desgracia los habían unido con una profundidad que conservarían por siempre—. Érica te manda saludos, dice que le hubiera gustado estar, y que gracias también por la invitación pero tenía algo en el cole de los chicos.

—Mandale un beso, la próxima la espero.

María se marchó para recibir a una pareja mayor que acababa de llegar. Ana presenció el encuentro con una mezcla de sensaciones.

—No sabés lo contento que me pone ver así a tu mamá —confesó Darío.

—A mí también.

—Le hizo bien esto de volver a hacer obra.

—Sí, un montón. Lo necesitaba.

Él se tomó un momento para admirar a su hija con amor.

—¿Y vos? ¿Cómo estás?

Ana se encogió de hombros. De pronto se le detuvo el corazón. Tuvo que mirar dos veces para comprobar que no estaba imaginándolo. Era Pedro el que estaba al otro lado de la puerta de vidrio, mirándola con esa media sonrisa que la destruía.

—Ya vuelvo, pa.

Darío giró la vista y, al ver al muchacho, entendió el por qué de la cara de su hija y sonrió.

Ana quiso correr hasta él. Se obligó a caminar, tenía miedo de que los nervios le jugaran una mala pasada. Cuando lo enfrentó, sintió su perfume y solo quiso arrojarle en sus brazos.

—Hola —la saludó.

—Hola —ella temblaba.

—¿Te molesta que haya venido?

—No...

—¿Podemos hablar o preferís en otro momento?

Ana lo agarró de la mano y lo llevó a la esquina. Lo observó. En un impulso, hundió sus manos en su pelo esponjoso y lo besó con amor, con pasión, con ternura. Con todo el remolino de cosas que despertaba en ella. Cuánto lo había extrañado, cuánto deseaba poder quererlo bien.

—Me encanta que hayas venido... —le dijo, enterrando la cabeza en la remera de él.

—Se nota —bromeó él, riéndose con toda la cara.

Pedro le acarició el pelo, enredado por el viento. Ella, aun aferrada a su pecho, escuchó latir su corazón acelerado. Sabía que le importaba, que tenía las mismas ganas de quererla. Pero se forzó a separarse, porque no sabía, porque...

—Esperá, Ana... —la atajó—. ¿Qué pasa? No te vayas... hablemos.

—Es que... —Los ojos se le aguaron. Hizo una pausa—. Yo estoy rota, ¿sabés? Y no importa lo feliz que esté, siempre va a haber una parte mía que va a estar triste. Muy triste. O sea, no hay manera de que esté cien por ciento feliz. Y creo que no es divertido, bah, no es justo para vos, estar con una persona así, que no pueda ser feliz del todo...

Pedro la miró.

—...porque te puedo llegar a arruinar momentos que nada que ver —siguió—. Como ahora, que estoy saltando de alegría porque viniste, porque te extrañaba, pero de golpe... me pongo triste, y me dan ganas de irme...

—¿Y quién te dijo que tiene que ser divertido? —le retrucó él—. ¿Qué tiene que ver la diversión con esto? El amor es otra cosa. Es estar acá, cuando estemos bien y cuando no. Bancarnos hasta que pase, si algo nos duele.

—Pero... A mí... no se me va a pasar...

—Ana, hay algo que te pasó, que no me contaste, ¿no?

Ella asintió, estaba haciendo un gran esfuerzo para no llorar.

—Me di cuenta. —Se quedó pensando, mirándola a los ojos, y dijo—. Te duelen las cosas. No sé qué o quién te lastimó. Ya me vas a contar, si me querés contar, obvio. Lo único que sé es que todo lo que te pasó, te hace ser quien sos hoy, y para mí sos la mujer más especial que conocí.

A Ana le llegaban las palabras, pero esa barrera que había construido todos esos años filtraba las emociones hasta hacerlas pequeñas.

—¿Mi dolor me hace especial? —repreguntó, intentando poner orden a lo que escuchaba.

—Todo te hace especial... Me enamora la forma en la que ves el mundo. Y lo que más quiero es que la compartas conmigo...

En clara lucha contra lo que sentía, comenzó:

—Yo te juro que quiero contarte, y quiero compartir todo con vos... —lo dijo como si después viniera un “pero”.

—Entonces ya fue —la interrumpió él—. Ya está. Lo importante son las ganas. Nadie puede estar todo el tiempo feliz. Es una estupidez de las redes pensar que la gente vive vidas cien por ciento felices.

—Pero vos tenés que estar con alguien que...

—Yo decido con quién tengo ganas de estar —le aclaró él, firme—. Y decido estar con vos. Me encantaría que vos también quieras estar conmigo. Y si un día estás feliz a un setenta por ciento, abrazamos esa felicidad. Y si otro a un diez, te acaricio el pelo hasta que se te pase. Comemos chocolates. Vemos Netflix. Pero juntos. Y espero lo mismo de vos. Yo tampoco voy a ser un payaso 24/7.

Lo amaba. Claro que lo amaba.

—¿Qué decís? —la esperó con sus ojos tiernos, expectantes.

Lo hacía sonar tan fácil... Ana habló con un tono monocorde, gris:

—Que yo también decido con quién estar...

Por un segundo las facciones de Pedro se tornaron serias. No tenía la menor idea de qué diría a continuación.

—... y quiero estar con vos.

Se abrazaron. Se besaron. Se reconocieron, una vez más, con el alivio de saberse ciertos.

—Estás hermosa —le dijo él.

—Vos también —sonrió ella.

Se tomaron de la mano y así regresaron, felices a un noventa y nueve por ciento, a la galería.

Sentía amor. Por todos. Por esas personas que no conocía y miraban las obras, abstraídas del mundo. Sentía amor. Podía traducir cada gesto.

Cada pieza de las esculturas era una noche al lado de la cama de Lolo. Cada té con leche que su madre había preparado. Y ahora esos faros, esos barcos reposaban en las columnas y eran otra cosa.

Una señora observaba un resorte que había sido parte de un colchón y se había convertido en el ojo de buey de una embarcación. La amaba a ella también.

Amaba a su mamá, la entendía, entendía su dolor, su soledad.

Amaba a su papá, a pesar de que no había sabido cómo lidiar con el dolor propio ni el de ellas. Lo amaba por sus errores, porque sabía que las quería como nadie y que iba a estar, silencioso, a su lado siempre.

Amaba a Facu, pero sobre todo a Luz, por haberse propuesto convertirse en su amiga, y haberla empujado hacia un lugar más luminoso, como su nombre.

Amaba a Pedro, que día a día le hacía descubrir nuevos rincones del amor, y claro... no sabía qué les esperaba, pero los dos tenían la voluntad de acompañarse en ese recorrido incierto.

Amaba infinitamente a Lolo, porque le había enseñado los límites del dolor, de cuánto se podía querer y extrañar a alguien, de hasta dónde una persona podía ser parte de ella... Le había enseñado a medir la vida, los momentos de felicidad, los de tristeza, las personas y sus almas.

Los amaba porque todos y cada uno habían tocado algo en ella que puso en marcha el mecanismo de amar que ahora se ensanchaba y abarcaba el mundo.

El mecanismo que la hacía llorar. Porque estaba feliz y triste y ambos sentimientos estaban aprendiendo a convivir uno con el otro. Se deshacía en lágrimas, se desarmaba. Caía a las baldosas de aquella galería, buscando los desagües. Necesitaba encontrar la manera de continuar, como aquellas hojas otoñales, su camino hacia la tierra.

—¿Qué van a llevar? —preguntó Ana, detrás del mostrador.

—Un latte y un capuchino —respondió una chica que llevaba una maqueta en una bolsa.

—Perfecto. ¿Nombres?

—Joaco y Martina —respondió el muchacho.

Ana escribió en los vasos de plástico, ingresó el pedido en la registradora y les cobró.

—Les entregan por allá. Gracias.

Tomaron el ticket y se dirigieron hacia la pared. Ana escuchó con atención lo que decían, una escena que se repetía a diario.

—Saquémonos una selfie acá. Está buenísimo.

Las paredes, antes negras, estaban ahora cubiertas de dibujos en tiza. Sus dibujos. Día tras día, llegaba temprano y dibujaba hasta que le dolían las manos. Aquel lugar se había convertido en un espejo de su mundo interior. Disfrutaba especialmente ver las reacciones de los clientes al descubrir su trabajo, y poder espiarlas desde el anonimato de su puesto.

A veces se asombraba de lo que lograba, como si lo hubiera hecho otro. Algo en su pecho se había vuelto más liviano el último tiempo. Se daba cuenta de que la terapia, el trabajo, dibujar y sus amigos habían sido verdaderos salvavidas.

—Voy a llevar un flat white y a la cajera más bella del planeta.

Ana se despabiló para encontrar a Pedro al otro lado.

—¿Ya son las cinco? —se asombró. Su turno había volado.

—Sí.

Se quitó el delantal y, colgándose de su cuello, lo besó.

—Hola.

—Hola. Te extrañaba.

Antes de salir, echó un vistazo alrededor. Se detuvo en la frase que había escondido esa mañana entre diseños de cafés y estrellas:

Mientras te escriba,
la muerte no será un punto final.

En aquel cuarto de hospital, entre perfumes extraños y sensaciones confusas, Ana acababa de interactuar por primera vez con su hermanito, que había bostezado y la había tocado con su dedo mínimo.

—Te hizo un mimo —le dijo su papá.

—¡Sí! —quiso creer también.

Entonces, con mucho cuidado, ella le recorrió la piel suave de la mejilla, devolviendo el gesto. Ese momento quedó grabado para siempre en sus corazones, así como también la frase que dijo inmediatamente después:

—Yo no sabía que lo iba a querer tanto.

Agradecimientos

Esta novela fue un recreo. Salí de mi zona de confort (la fantasía y su planificación meticulosa) para dejar que Ana tomara mi mano y me guiara por los caminos de su historia. Historia que fui descubriendo junto a ella y que mágicamente, a mitad de su escritura, comprendí todo lo que tenía en común con la mía. Por este motivo, antes que a nadie, le quiero agradecer a ella por el mundo sensible que me mostró y que ahora tengo la dicha de compartir con ustedes.

Le quiero agradecer profundamente a María Amelia Macedo por su invitación amorosa a sumarme a PRH. Publicar en esta colección, Nube de tinta, es un honor y una alegría enorme. Estoy muy feliz de formar parte de esta editorial.

A Daniela Portas, editora del texto. Gracias a esa primera charla que tuvimos y sus ideas acertadas, esta novela creció y ahora llega a ustedes en su mejor versión.

Gracias a Candela Insúa que supo interpretar con tanta delicadeza el espíritu de esta novela para crear el arte de tapa.

Gracias a mi adorada exalumna Agustina Rodríguez Sansó por haberle prestado a Ana sus gustos musicales (y cinematográficos). Junto a su hermana Caro pensaron qué canciones escucharía nuestra protagonista y propusieron muchos de los temas que ahora acompañan magistralmente este relato.

Gracias a la bella Florencia Fernández por su poema adolescente; por la ayuda y amistad de siempre.

Gracias infinitas a Belí Laborda por regalarme ese recuerdo íntimo y hermoso de su hijo Nicolás con su hermanita Paula.

Gracias a mi equipo antiprocrastinación: Marisa Potes y Cecilia Repetti. Sin ellas la escritura sería solitaria y, sin dudas, menos prolífica. Sus aportes y consejos enriquecen mis textos y me empujan a mejorar cada día.

Gracias a mis amigas del alma, que me leen antes que nadie y acompañan con amor cada nuevo proyecto.

Por último, gracias a ustedes, queridos lectores, por acompañar a Ana a lo largo de estas páginas. Espero que algo de su historia les haya tocado el corazón.

Cada vez que un libro se va a imprenta y observo el proceso en perspectiva, desde las primeras palabras hasta la maqueta final, me maravillo de los ciclos y los tiempos. De las personas que forman parte, de los pasos, el trabajo duro y el disfrute. Todo es perfecto.

Victoria Bayona – enero 2023

Inspirate con la música que suena en *De este lado del mundo*



[Ver aquí](#)



Lolo ya no está, y es un dolor que Ana no logra poner en palabras.

Como una forma de abrazarse, dibuja en su libreta y esboza poemas al ritmo de la música que suena en sus auriculares.

Una fuerza desconocida la empuja hacia adelante, a pesar de todo.

Pero los recuerdos la siguen despertando por las noches y durante el día se encuentra soñando con volver a ver esos ojos enormes.

Hasta que una puerta se abre, y del otro lado el corazón de Ana vuelve a latir.

Una novela íntima y sensible sobre la pérdida, el amor y los caminos que nos pueden ayudar a reencontrarnos con nosotros mismos.



VICTORIA BAYONA

Nació en La Plata el 18 de octubre de 1978. Ha publicado numerosas novelas para chicos y jóvenes, entre las que se destacan *La maestra* (mención en el XIII Premio El Barco de Vapor Argentina, 2014); *20 poemas de terror y una canción disparatada*, libro que ganó el premio “Los favoritos de los lectores” organizado por ALIJA en 2021; y su trilogía de aventuras fantásticas *Los viajes de Marion*, con la que alcanzó reconocimiento en el mundo de la YALit.

Como dramaturga, escribió las obras *El Síndrome Kafka* y *Solo en los balcones*, pieza premiada por la Legislatura Porteña en la edición 2015 de sus Concursos Anuales de Arte. Ha participado en las antologías *De la tierra al Olimpo*, *Las voces del fuego* y *Esos raros relatos nuevos*. Actualmente se encuentra trabajando en su nueva saga de *fantasy middle-grade*, *Casa de Fieras*, bajo el seudónimo Vika Barton. *De este lado del mundo* fue finalista del premio Gran Angular y es la novela juvenil con la que incursiona en el género realista.

Foto cortesía de la autora



Otro título de la autora en penguinlibros.com

Bayona, Victoria

De este lado del mundo / Victoria Bayona. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Nube de Tinta, 2023.

(Nube de Tinta)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1997-70-1

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.928 2



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Ilustración y diseño de tapa: Candela Insua

© 2023, Victoria Bayona

Edición en formato digital: mayo de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-1997-70-1

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: [novelas para chicxs](#)

Instagram: [novelas para chicxs](#)

Índice

De este lado del mundo

Dedicatoria

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otro título de la autora

Créditos